

Colección
LA GRAN AVENTURA

Dirigida por
FÉLIX MOLINA TÉLLEZ

I

DESDE LOS MITOS LUNARES AL RADAR

JOHN DEWEL

II

LEYENDAS DE LA TIERRA AMERICANA

BLANCA N. TSCHUDY

III

LA SERPIENTE EN LA MEDICINA
Y EN EL FOLKLORE

TOBIAS ROSENBERG

IV

EL MARAVILLOSO MUNDO DE LAS
PLANTAS

LEWIS ALMERT

LA SERPIENTE
EN LA MEDICINA Y EN
EL FOLKLORE

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Copyright by EDICIONES DEL TRIDENTE S. A. C. E I, 1946

Todos los derechos reservados

TOBIAS ROSENBERG

LA SERPIENTE
EN LA MEDICINA Y EN
EL FOLKLORE

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

EDICIONES DEL TRIDENTE
S. A. C. e I.
BUENOS AIRES

PROLOGO

Muchos son los que en nuestro país se preocupan por la investigación folklórica, pero muy pocos los que, como Tobias Rosenberg, llevan al laboratorio no sólo la pieza fría de las colecciones sino también el alma que impulsa a las creaciones de los pueblos primitivos. Su primer libro dado a la estampa, que mereció ser distinguido entre los que al certamen se presentaron en aquella oportunidad —en la prestigiosa Sociedad Sarmiento, de Tucumán—, marca el comienzo de la publicación de todo lo que había investigado en las poblaciones del norte, y evidenciaba la seguridad de una compenetración integral del significado de cada pieza que había caído en sus manos para ser analizada.

Posteriormente, Rosenberg nos ofreció el libro titulado "Algunos aspectos de la terapéutica calchaquí", donde se refiere a la terapéutica que utilizaban los primitivos habitantes del norte argentino, herederos del acervo cultural del imperio del

Tahuantisuyo. En este libro se ofrecía por primera vez un panorama general de las costumbres de aquellos pueblos que tantas muestras nos han dejado de su capacidad artística, y analizaba los materiales que habían usado para sus curaciones y el grado de razón que les asistía al tener fe en la eficacia de yerbas, y elementos de origen animal.

De tanta importancia fué el libro de Tobías Rosenberg, que constituyó una excelente fuente de consulta para posteriores investigaciones, por la atinada observación que en todos los casos hacía, y por el justo empleo de lo que había recogido en largos años de estar sobre el yunque donde el hombre de vocación modela con angustias y cariños sus mejores obras.

Poco tiempo después, Rosenberg publicó "El alma de la montaña", libro de limpia factura literaria, donde se usan materiales folklóricos como elemento temático. La realización del mismo es evidente bien lograda, y su portada, donde habla del alma de esa montaña que se levanta a la vista del viajero antes de llegar a la maravilla de los valles calchaquies, es de una evocación emocionante. Las páginas, compuestas por leyendas estilizadas, son de gran fuerza dramática, donde jamás se quiebra la línea de lo eminentemente folklórico, sin dar libre rienda al juego de la ficción literaria.

Al poco tiempo lo vemos acometiendo la empresa de una obra exhaustiva sobre la serpiente. En realidad, partía de un tema por demás interesante para desarrollar páginas y páginas y llegar a situaciones comparativas de suma utilidad para la investigación. La serpiente ha sido en todos los tiempos un animal a propósito para crear en su torno muchos mitos y leyendas. El folklore de todos los países ofrece magnífico material para hacer una obra de grandes proyecciones, y nuestro país no queda a la zaga de los que han aportado material de esa naturaleza a la mitología universal; de ahí que la labor que realizaba Rosenberg nos interesaría y resolvíramos solicitar los capítulos fundamentales para publicarlos en los primeros volúmenes de esta colección, en la seguridad de que por primera vez, en nuestro Continente, se hace un aporte serio al estudio de ese animal en la medicina y en el folklore.

F.M.T.

I

LA SERPIENTE EN LA TERAPEUTICA
ABORIGEN Y POPULAR AMERICANA

El hombre anheló siempre ser inmortal. Desde que se vió en el Cosmos y se supo materia precedera, sintió deseos de escrutar la Naturaleza para robarle el secreto de la vida eterna. Esa fué su más grande aspiración, su sueño de siglos, de milenios, y en determinado momento quedó grabada en la Historia a través de inmensas hogueras que se levantaron en casi todos los sitios del mundo para castigar a aquellos que, violando presuntos mandatos divinos, se entregaron a la búsqueda de la piedra filosofal o del elixir de la larga vida que, según una mística leyenda, poseída en un tiempo, la especie humana la había perdido cuando por comer



la fruta del árbol de la sabiduría fué arrojada del Paraíso. Acusados de magos y hechiceros, en Oriente y Occidente, muchos seres privilegiados por sus dignidades y talento, pagaron con su vida la osadía de pretender acercarse a Dios y fué alguno de sus predecesores, indudablemente, el que vió en la serpiente el símbolo de la eternidad. La presentó mordiendo su propia cola para formar así el círculo de lo infinito; de lo que no tiene principio ni fin.

Esta creencia tenía por aquellos tiempos un contenido lógico. En medio de su desconocimiento, "los antiguos observaron principalmente la muda anual; " y como su ingenua y fecunda imaginación se complacía en embellecerlo todo, consideraron aquella operación como una especie de remozamiento, como un signo de la existencia nueva, " como la expulsión de la vejez y una reparación " de todos los efectos de la edad; consagraron esta " idea con varios proverbios, y suponiendo que la " serpiente adquiría cada año nuevas fuerzas con " su nuevo ropaje, que gozaba de una juventud tan " larga como su vida, y que ésta era muy dilatada. " se determinaron a considerarla como un símbolo " de la eternidad" (1).

1.—Tomada esta cita al azar, en las presentes circunstancias nos resulta imposible determinar con precisión el autor del párrafo transcripto.

Cadmo, fundador de Cadmea, el héroe legendario antecesor de la raza que tuvo su asiento en la fortaleza de Tebas, el que mató al dragón descendiente de Ares y sembró sus dientes para que de ellos nacieran los nobles espartanos, junto con su esposa, y a igual que muchos héroes que componen el frondoso panteón mitológico griego, en el instante de morir se ve convertido en serpiente. Su metamorfosis no es el resultado tardío de pecados juveniles que alguna deidad superior se ha propuesto vengar. Por el contrario; es el paso directo a la inmortalidad. Su gloria iba a durar tanto como la vida del reptil y a éste se lo consideraba eterno.

Esculapio, el padre de la medicina, el hombre a quien los griegos debían muchas vidas, era adorado en el templo de Epidauro en forma de serpiente y muchas de ellas arrastrábanse, de ordinario, en el interior del santuario, como compañeras dispuestas a hacer menos cansadores los días del Dios. Cuéntase que en tiempo de una peste, los romanos enviaron embajadores ante los sacerdotes de este curioso templo para solicitarles la ayuda de Esculapio. Los sacerdotes les entregaron una culebra domesticada, asegurándoles que era el padre de la medicina en persona. Los romanos se embarcaron de regreso en sus naves y al llegar a



las cercanías de unas islas del Tíber, la culebra huyó y buscó refugio entre unas cañas del lugar. Los enviados creyeron que el reptil había elegido dicho sitio para residencia; lejos de tratar de dar con ella, en dicho lugar se le erigió un templo y, si a esto agregamos que en todas las prácticas esotéricas y en casi todas las ceremonias de la primitiva religión de los greco-latino, figuraban serpientes salvajes y domesticadas, tendremos, de inmediato, la sensación exacta de su importancia en la vida de esa época.

Con algunas variantes a lo anotado, un autor anónimo ha referido el viaje legendario de la culebra de Esculapio y, resumido, lo transcribimos aquí a solo título de curiosidad histórica:

"Una vez la ciudad —se refiere a Roma— fué visitada tres años por una epidemia y ni dioses ni hombres pudieron combatir la terrible calamidad. Los sacerdotes consultaron los libros sibilinos y hallaron en ellos que el pueblo no podía recobrar su anterior salud sino llamando al Dios Esculapio de Epidauro. Envíose una embajada para pedir socorros. Los epidauros recibieron amistosamente a los romanos y condujeron a los embajadores al templo de Esculapio, donde el Dios demostró por un milagro su gracia divina.

"Habiase visto a veces cerca de Epidauro una serpiente cuya presencia atraía bendiciones sobre la ciudad y la cual era venerada tanto como el mismo Esculapio. Durante la permanencia de los romanos presentése esta serpiente moviéndose con lentitud por los sitios más frecuentados de la ciudad y dirigiendo humildes miradas a su rededor".

"Esto se repitió tres días, durante los cuales el pueblo miró al reptil con devoción. El deseo de hallar una residencia más digna, dió a la serpiente cierta vivacidad y vióselas dirigirse hacia la galera romana. La tripulación, sorprendida por el animal, se asustó, pero el reptil se encaminó sin grandes cumplimientos a la cámara del emperador, donde se acomodó".

"Viendo los enviados que tenían al dios en su mano, quisieron saber cómo debían hacérsele los debidos honores; dieron las gracias a los epidauros y se hicieron a la vela. Después de una travesía feliz, la galera llegó al fin de su viaje, y la serpiente que hasta entonces había permanecido tranquila en todos los puntos de escala, salió de su sitio y encaminóse a los pórticos del templo de Esculapio. Allí había un mítico con abundante ramaje, pero el reptil subió a una palmera, en la



"cual permaneció tres días. Los embajadores temieron que no volviera a la galera, pero el reptil, al cabo de los mismos, abandonando voluntariamente el árbol, regresó a la embarcación".

"Por fin abordaron los enviados a la desembocadura del Tíber y la serpiente marchó a una isla, en la cual se edificó un templo. Con su llegada, Roma quedó libre de la epidemia" (²).

Pero antes de todo esto, ya la serpiente se había abierto paso en el campo de la medicina y de su simbolismo.

Cuando el pueblo judío, en el desierto, vióse amenazado por la invasión de cientos y miles de víboras, Moisés, por mandato de Jehová, mostraba a las víctimas de mordeduras una serpiente de cobre y el solo verla bastaba para curas milagrosas. Este episodio —del que posiblemente deviene la serpiente como símbolo de la medicina—, secundario en la vida del legislador hebreo, fué tan altamente valorado en la Edad Media que llegó a constituir uno de los temas predilectos de los artistas de la época. Dice C. N. Turner, que esa serpiente "ocupa un lugar muy importante en la

2.—Autor desconocido. — Cuaderno N° 13 de Prensa Popular de Madrid, titulado *Los reptiles*.



plástica y la pintura, los vitraux, la tapicería y la ilustración de libros". Finalmente se convierte en puro atributo. Agrega este autor que "aparece" sin cesar en la decoración de portales góticos, "desarrollado en largos temas donde los personajes del Antiguo Testamento anuncian la venida de Cristo y su misión. Entre ellos, la serpiente de Moisés no ocupa, por cierto, el lugar menos importante. Una de las más extraordinarias creaciones del arte occidental, los frescos de Miguel Angel, en la Capilla Sixtina, se inspiran igualmente en esos mismos temas" (³).

Ese papel preponderante venció al tiempo y al espacio; hizo añicos de sentimientos repulsivos y sólo así se explica que Madame de Sévigné consumiera gran cantidad de culebras, siguiendo las directivas de un elemental principio de magia simática y que, en 1679, escribiera a su hija: "La señorita Lafayette acaba de tomar caldo de víbora, que le da fuerzas".

Todo esto es curioso; pertenece a un pasado del

3.—C. W. Turner: *Comment la serpent est devenu un des symboles de la médecine*, Revue Ciba, N° 4, Pág. 106. 1939. Traducción libre del autor.



cual nos separan centurias. Lo extraordinario es que en la actualidad, en pleno siglo de la televisión y de la radio y quizás por ello, como una especie de exotismo gastronómico, el norteamericano ha incorporado a su menú la carne de víbora de cascabel, dando esto margen a una industria original y, a decir de algunos, floreciente. El hecho no sólo es exacto, sino que su razón de ser puede encontrarse fácilmente, si se estudia con algún detenimiento las costumbres de ciertos pueblos aborigenes de esa parte del continente americano que, si bien adaptados a la vida actual, no han podido evitar que viejas ceremonias de sus antepasados se hayan arraigado profundamente en sus espíritus y que se conserven en la actualidad a través de sobrevivencias de fuerza asombrosa. Los antiguos guerreros de diversas tribus americanas, cuando su iniciación en la vida civil y militar, comían crótalos crudos en la seguridad de que así podrían adquirir parte de su astucia, de sus cualidades mortíferas y de su larga vida. Primaba en todo esto ese elemental principio de magia simpática ya expuesto. Razones muy distintas obligaron a los pioneros de la colonización americana a valerse de tan extraño alimento. Habían agotado sus bastimentos, apenas si les quedaba el cuero de sus botas y, en la disyuntiva atroz



de dejarse morir de hambre o recurrir a lo que Dios ponía a su alcance, ellos también se valieron de la carne del ofidio, que debieron hallar, en tales circunstancias, no del todo mala.

Pero la verdadera causa del manjar, no es otra que la apuntada al principio. En cierta época de la vida de ese extraordinario pueblo, el comer cuiebras y víboras se convirtió en una especie de rito y fué así cómo en el Oeste de los Estados Unidos no se era "hombre" si no se había ingerido siquiera un bocado de carne de víbora de cascabel. A los que la comían, se les entregaba el cascabel como recuerdo y se los consideraba como iniciados en una especie de secta: la de los valientes, la de los audaces, la de los de larga vida.

Y es que, directa o indirectamente, desempeñando aquí el papel de genio bienhechor, allí representando al espíritu del mal, la serpiente reptó a través de la Historia y ejerce su influencia, a veces decisiva, en cada una de las manifestaciones del espíritu humano.

La medicina no pudo sustraerse a ella. Por el contrario, en su cuerpo y en su vida buscó una fuente inspiradora y, por espacio de más de veinte siglos, "la víbora ha sido considerada como uno de los principales agentes opoterápicos de los que



se valió la humanidad".⁽⁴⁾ Una especie de silogismo propio de la medicina analógica o mágico-simpática fué la causa posible de esta atención especial a la serpiente. Los antiguos creían que la vida del reptil era eterna; sostenían lo de la perpetua juventud y afirmaban también que las serpientes venenosas tenían en su cuerpo una substancia antídoto de su propia ponzoña. Un principio de medicina primitiva sostenía que toda enfermedad debía de proceder de un veneno, de una ponzoña y, en consecuencia, la víbora podía combatirla. Eran éstas, ideas elementales pero, en el decurso de los siglos, los trabajos de Calmette y de Physalix parecen decirnos que aquellos hombres tenían una intuición maravillosa que, a través del tiempo y del espacio, en la actualidad se nos hace presente en algunas tribus guaraníes, acostumbradas a ingerir o aplicar trozos de la misma víbora que había mordido al paciente, en la seguridad de curarlo⁽⁵⁾. Los "médicos" guaraníes aplicaban la cabeza del reptil en el lugar de la

4.—Mausson-Lanauze: *A través de la Opoterapia*. Pág. 47. París 1926.

5.—Ver: Ramón Pardal: *Medicina Aborigen Americana*. Pág. 108. Humanior. Bs. As.



herida y hacían ingerir al enfermo el resto del animal, pero, para evitar todo inconveniente, preferían la acción preventiva y para ello tomaban a las víctimas y las hacían morder por otra serpiente de ponzoña menos activa. Se valían para el caso de una víbora conocida bajo el nombre de Nakannina y común en una vasta extensión del continente sudamericano.

Un procedimiento análogo emplean, aun en la actualidad, los "viboreros" del Beni y Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, quienes desde la más tierna infancia son "educados" en el difícil y peligroso arte de atrapar vivas a las serpientes venenosas.

La medicina primitiva, resultado de creencias y supersticiones que aun perduran, muestra la extraordinaria influencia del reptil, y si su cuerpo aparece cuando los Dioses y los Asuras del Visnúismo disputan la Amrita, entra como elemento básico en la composición de la Triaca Magna que Andrómaco preparaba para Nerón y de la cual decía aquel famoso médico árabe que se llamó Avicena: "Es el medicamento sublime". Pero antes que Andrómaco, otro médico, Antonio Mussa, asombró a su época con una panacea basada en la carne de víbora.



La Amrita es el "ungüento o elixir que da la vida y la inmortalidad, es la ambrosía de las divinidades brahmánicas". Es sinónimo de Soma, "bebida por excelencia, con la que se embriaga" Indra y se alimenta Agni. Es la verdad única "y la verdadera doctrina, porque también es sí" nónimo de Buda y de Nirvana". Todo esto lo dice un buen diccionario. Para nosotros baste saber que es la "bebida de los dioses", el famoso elixir cuya posesión se disputaban los dioses y los genios de la India, triunfando los primeros con la intervención de Visnú, que, para el caso, debe convertirse en una gigantesca tortuga.

El relato mítico es por demás interesante para que lo dejemos a un lado. Un autor, especializado en el estudio de religiones, lo transcribe, y de él, casi textualmente, lo extractamos nosotros:

"El Visnuísmo cuenta con diez encarnaciones sucesivas o Avatares (bajadas) de Visnú en el Manuantara presente, es decir, desde la última renovación de la humanidad".

"La primera se llama Matryavatara «encarnación en pez» y la segunda Karmavatara, «encarnación en tortuga», y ha creído verse en ella el recuerdo de algún cataclismo volcánico de los tiempos primitivos".



"Los dioses y los genios son rivales: los Asuras quieren proporcionarse la bebida misteriosa que asegura la inmortalidad, la Amrita, la ambrosía. Piensan encontrarla en el mar, pues el mar es el receptáculo de todos los tesoros. Para separar la Amrita de los demás elementos, los Dioses y los Asuras resuelven revolver el Océano. Al efecto desarraigán el monte Merú y lo transportan en medio de las aguas. Pero trátase de impedir que la montaña se hunda del todo en el abismo, excavando el mundo".

"Aparece entonces la encarnación de Visnú. El Dios conservador toma la forma de una tortuga inmensa, se zambulle en el abismo, soleva la montaña y la sostiene en su espalda con el mundo entero".

"La serpiente enorme Vasuki se enrosca alrededor del Merú y los Asuras cogenle la cabeza y los dioses la cola. La montaña santa gira entonces en medio del mar, «como un pedazo de madera bajo la mano del tornero». Por el contacto del fuego y del humo que la serpiente arroja por la boca, enciéndese la montaña y los Asuras se vuelven negros para no cambiar desde entonces el color de su cuerpo".

"Entretanto la batida hace salir del mar un sinnúmero de tesoros y de seres sobrenaturales".



"Al fin aparece Dhanvatari, el médico de los dioses, que sale del abismo llevando la Amrita recogida en un jarro. Los dioses se apoderan de la rica bebida sin permitir que los Asuras la toquen".

"Trábase entonces una lucha tremenda entre los Dioses y los Asuras por la posesión de la Amrita. Vencidos los espíritus de las tinieblas (para los Vedas son Vritra, el envuelto y Ahi, la serpiente; dos personificaciones del cielo tormentoso y Asuras por excelencia) se desparapan por el mundo para apoderarse de él y lo envuelven para vengarse de los dioses. Un nuevo cataclismo amenaza la tierra, porque uno de los gigantes está a punto de precipitarla otra vez a las olas".

"Pero entonces se verifica una nueva encarnación de Visnú. Baja el Dios, implorado por Prithivi, en forma de jabalí, vence al gigantesco Asura y, solevando la tierra en sus dientes, vuelve a equilibrarla en la superficie del Océano. Esta es la encarnación en jabalí: Varahavata-ra".

6.—Perea: *Religiones Primitivas*. Pág. 190. Bs. As. Sin fecha.

Aunque no lo diga el autor, junto al recuerdo de una terrible erupción volcánica o de un sismo, para nosotros es también la lucha de la humanidad por conseguir el remedio que tornará al hombre en ser inmortal. En esta lucha, no es ajena la serpiente.

El origen de la Medicina debemos buscarlo en los orígenes más remotos de la humanidad. Cuando por primera vez el hombre —y antes que él la bestia prehistórica— sintió la angustia de saberse un ser indefenso, debió buscar un paliativo junto con algo que le diera fuerzas y, en su desesperación, todo lo encontró en las diversas manifestaciones de la Naturaleza. Si el animal se valió preferentemente de la fitoterapia, el hombre recurrió casi siempre a la órganoterapia y a la opoterapia, manifestaciones médicas en las que dió un lugar de primera línea a la serpiente, cuya vida le llenaba de asombro. Otros animales tampoco le fueron indiferentes, y una antiquísima leyenda cuenta que Hércules sufrió del "mal sagrado" y que su epilepsia curó mediante la ingestión de sesos de codorniz.

La razón de la preponderancia de esta forma terapéutica en la antigüedad no era otra que la opinión sustentada por numerosos pueblos primitivos



tivos o elementales con respecto a la cura por analogía. Era la curación por lo semejante, valiéndose de aquel principio que aseguraba: "Todo órgano enfermo es favorablemente influído por otro de igual naturaleza".

En la antigüedad, la Escuela de Alejandría impuso sus normas en esta rama del saber humano. Los latinos la recogieron y la aplicaron sin cambiarle nada. Se amoldaba a la psicología de ese pueblo amante de las cosas misteriosas, adorador de todo cuanto oía a brujería y partidario decidido de la magia. Celso, que vivió cuarenta años antes de Jesucristo, recomendaba la carne de serpiente contra las escrófulas. Aecio de Antioquía preconizaba contra las mordeduras de serpientes, comer la víbora que había mordido, principio médico que ya hemos visto también entre los aborigenes sudamericanos. Pero quien le dió un lugar importantsimo en la historia de la medicina fué Andrómaco con su célebre Triaca.

Por espacio de muchos siglos la Triaca fué un electuário considerado como un poderoso contraveneno y su preparación fué descripta en una poesía que Galeno dió a conocer en su "De Antidotis". Componían esta Triaca más de setenta substancias medicinales, algunas inactivas y otras

de actividad. Entre ellas figuraban: jengibre, valeriana, genciana, canela, centáurea, azafrán, rosas encarnadas, anís, hinojo, pimienta, castóreo, gálbano, mirra, sulfato de hierro, trementina, opio, pero la base del "medicamento sublime", como lo dice Avicena, era la carne de víbora.

La preparación de la triaca se efectuaba dentro de un marco de extraña solemnidad; no faltaban ceremonias mágicas y a las mismas asistían las autoridades. Su nombradía se conservó hasta tiempos relativamente recientes, y en el siglo XXVIII los boticarios de Venecia, Holanda y Francia, debían prepararla casi con idéntica solemnidad que los antiguos. La triaca curaba hasta las propias mordeduras de serpientes, y cuenta Ambrosio Paré que durante su estada en Montpellier, con el rey Carlos IX, fué mordido en el dedo índice, en el momento que examinaba una víbora en una farmacia. Como es de suponer, experimentó fuerte dolor, pero pudo curar los efectos del veneno en pocos días "mediante una ligadura inmediata y la aplicación de la triaca disuelta en alcohol" (7).

7.—P. R. Chernovich: *Diccionario de Medicina Popular*.
2º Tomo. Pág. 690. París 1879.



En América, en el Perú para establecerlo geográficamente, era corriente también el comercio de víboras desecadas y el de un producto semejante a la triaca antigua y que se conocía bajo el nombre, por entonces famoso, de "Hatumham-pipacootcoom" (polvo de los grandes remedios o de gran poder o categoría).

Antes aún que la triaca, ya se conocían en Europa los Trociscos o "pastillas de víbora", para cuya preparación alguien aconsejaba tomar una serpiente y "hacerla secar a fuego suave o al sol hasta que pueda ser pasada por el tamiz. Después se mezcla el polvo con miel en cantidad que tripique su peso, y se hace hervir. Las víboras que se empleen deben haber sido alimentadas exclusivamente con miel y rocio" (8).

Si alguien deseaba vivir ciento cuarenta años, nada mejor que estas pastillas, ya que la víbora posee una virtud renovadora y rejuvenecedora. "cosa que demuestra tácitamente mudando la piel dos veces al año" (9). Si los médicos de la antigüedad hicieron intervenir en casi todas sus mix-

8.—Mausson-Lanauze: *Op. cit.* pág. 49.

9.—Idem, idem, pág. 49.



turas a la carne de víbora, sus colegas de la Edad Media y principios de la Edad Moderna, no fueron menos entusiastas en la apreciación de las supuestas virtudes terapéuticas del reptil.

Moisés Charras, médico famoso, en el año 1669, recomendaba la carne de víbora a todos cuantos sufrían de la vista, basándose para ello en el error tan común de considerar los ojos del ofidio como dotados de un poder especial. La hiel de la serpiente era administrada también a los que necesitaban de algún sudorífico y a los que sufrián de cataratas, ya que las "deterge y resuelve".

Para Charras, la víbora era uno de los agentes terapéuticos más extraordinarios que conoció la humanidad. Su hígado y su corazón —partes de valor excepcional— curaban la viruela, las fiebres "y todas aquellas enfermedades en las que se precisa resistir el veneno y expulsar los humores por transpiración".

En 1676, el médico que nos ocupa, concretó su admiración hacia la serpiente como factor curativo, y dijo de ella:

"La víbora hace salir por los poros de la piel todo lo superfluo, de lo cual puede deducirse que es apta para curar toda clase de sarnas, herpes, erisipelas, sarampiones, viruelas y hasta la



"lepra. Quita todas las impurezas y estorbos del cuerpo y de la piel, y puede también embellecerlo: de aquí que algunas señoras de Italia la emplean como alimento. Por lo substancial que es, por la fuerza que comunica a la sangre y a todas las partes, por la libertad que comunica a los espíritus para desempeñar sus funciones, constituye un gran recurso para los tísicos y para todos aquellos que están consumidos por enfermedades largas y depauperados por fiebres lentas. Varios son los autores que aseguran que su uso es capaz de curar la enfermedad venénea, o, por lo menos, de aminorarla. Está indicada para expulsar del cuerpo toda clase de venenos, y también la peste y todas las enfermedades contagiosas. Opóñese también a toda clase de piodredumbre, que generalmente es la causa y origen de la mayor parte de las enfermedades".⁽¹⁰⁾

Muchas de estas creencias, si no todas, llegaron a universalizarse y no sólo tuvieron adeptos en las clases inferiores de la población, sino que lograron abrirse camino en los medios cultos. En este sentido la sola línea transcripta de una carta

10.—Idem, idem, pág. 48.

de Madame de Sévigné es categórica. El consumo de carne de serpiente llegó a ser, en un momento dado de la vida europea, el elemento imprescindible para ponerse a tono con el "dernier cri" de los salones versallescos.

El éxito de la triaca magna, por otro lado, movió a no pocos espíritus audaces a buscar remedios análogos. En el siglo XVII, Orvieto, un ilustre charlatán, dió a conocer un electuario compuesto de más de cincuenta drogas, y en el cual la carne de vibora era la principal de todas. Ubicado bajo el puente Nuevo de París, en medio de una turba de desocupados, pregonaba su mercancía, mientras una orquesta le hacía de coro. El éxito financiero coronó sus preocupaciones por la medicina y la humanidad doliente, hasta que el pobre sucumbió como víctima propiciatoria de lo que él mismo había creado.

Si todo esto pasaba en la Europa continental, los ingleses tampoco dejaban de interesarse por el asunto. Un médico de Londres, llamado Godaald, compuso unas gotas conocidas luego con el nombre de "Gotas reales de Inglaterra", y en su preparación —demás está decirlo— entraba la carne de vibora. Carlos II pagó por el secreto de la fórmula 25.000 escudos y esto le dió un relieve im-



portantísimo en todo el mundo, relieve que, por otra parte, supo acentuar, prodigando entre su pueblo, no ya su sabiduría, pero sí sus prodigiosas virtudes en el arte de curar. De él se dice que sanaba a los enfermos, especialmente a los posesos, con sólo tocarlos con la mano.

No bastaban, sin embargo, todos estos remedios para satisfacer la demanda de una humanidad enferma. El reptil debía servir para más, y en el conocido emplasto de Vigo, su grasa se empleaba sin delimitación. Asimismo, Lémery dió a conocer la fórmula de un emplasto de víbora capaz de hacer madurar los ántrax y bubones venenosos.

Todo cuanto dejamos anotado, toca a pueblos que habían alcanzado un grado superior de cultura. Toca también a lo que podríamos denominar medicina oficial de una época felizmente superada; a esa medicina que, recogida por los árabes de los griegos, alcanzó vasto renombre en los siglos X y XI, siglos de esplendor de la Escuela de Salerno, y durante la alta Edad Media, en que se produjo ese extraordinario retorno a las culturas clásicas. Junto con ella, sin embargo, florece también una medicina popular rica en matices y en la misma toca a la serpiente, junto con el sapo, su mortal enemigo, ocupar el cetro.



Con más vigor que todo lo surgido de las distintas escuelas médicas que, en afán de noble competencia y de superación científica, poco a poco fueron abandonando cuanto era producto de un empirismo fundamentado en creencias que iban cayendo en olvido como consecuencia del estudio de la Historia Natural, lo popular se arraigó en el espíritu de los hombres y de los pueblos, se consustanció con ello y es así cómo, en la actualidad, subsisten curiosas manifestaciones médico-terapéuticas a las que se vincula el reptil.

El Folklore, señalaba Sebillot (¹¹), es la etnografía tradicional de un pueblo. Tratar de incursionar en una medicina folklórica determinada, es entrar también en el estudio de su medicina aborigen. De ahí que, al abordar el tópico, no podamos prescindir de referirnos también a la serpiente dentro de la medicina aborigen americana.

Friederici, citado por Hans Dietscy, dice que: "La medicina llena un extenso capítulo en los anales de América. Teniendo en cuenta el bajo nivel de la terapéutica europea de aquel tiempo, los conocimientos de los indios tenían mucho más

11.—P. Sebillot: *Le Folklore*. París 1913.



"valor del que hoy se les asignaría" (12). Este juicio no justifica empero el que se hable de la medicina aborigen de un pueblo determinado, sino que toda ella debe ser incluida bajo el denominativo común de Medicina Aborigen Americana. En todas las concepciones médicas del Nuevo Mundo priman idénticas creencias. Hay una misma "teoría" sobre el origen de la enfermedad. Es idéntico el concepto unitario o de localización del mal. Ningún pueblo aborigen de América sabe de Etiología y si en la Terapéutica hay variaciones, esas variaciones las impone el medio geográfico, una flora distinta, una fauna de diversa naturaleza. Las creencias médicas en torno a la serpiente, dirán cuanto hay de cierto en este enunciado que muchos podrán juzgar como atrevido (13).

En México, los toltecas, precursores semimitológicos de los aztecas, son considerados como los inventores del arte de curar y de toda clase de

12.—Autor citado: *Los pecados y la enfermedad en el antiguo México*. Actas Ciba. N° 9. Pág. 289, 1937.

13.—Es tal la uniformidad de las concepciones médicas primitivas, que hasta podría hablarse de una "medicina universal", propia de todos los pueblos elementales del orbe.

magia. Por ello no debe sorprender que su rey-sacerdote, a quien se le atribuían las más diversas habilidades, lleve por nombre Quetzalcotl, la "serpiente emplumada" (14).

Entre este pueblo, que debió ver en el reptil una representación fálica, la carne de una pequeña serpiente cornuda (mazacoalt) "era un curioso afrodisíaco del cual se prevenía a los jóvenes," pues hechiceras indignas acostumbraban a mezclarlo con las comidas. Una dosis demasiado grande de este afrodisíaco, parece ser que producía eyaculaciones continuas que terminaban "con la muerte" (15). La serpiente, vinculada a eso que podríamos llamar medicina amorosa, ocupa un capítulo importantísimo dentro del arte de curar americano. En muchas regiones del Noroeste de la República Argentina se habla de "gualichos", hechizos destinados a causar daño o tener

14.—En el Capítulo 3º del presente trabajo el autor se ocupa con mayor detención de esta deidad, aunque ha evitado encarar su estudio bajo el aspecto religioso por considerarlo ajeno a los propósitos del presente volumen.

15.—Hans Diotschy: *Los pecados y la enfermedad en el antiguo México*. Actas Ciba N° 9. Pág. 297, 1937.



suerte en el amor. En realidad se trata del uso de anafrodisíacos y afrodisíacos, y uno de los "guachichos" más conocidos para lograr hacerse querer, también usado en Chile, es el siguiente: "...se le prende (a una persona) al lado del corazón "una aguja enhebrada con seda roja y manchada "con la sangre de una lagartija o culebra cogida "viva, a la cual se le haya atravesado con ella "entrambos ojos, dejándola luego en libertad"(16).

La creencia en el poder fascinador de los ojos de la serpiente no sólo se manifiesta en la práctica que dejamos anotada, sino que, por analogía, como hemos visto, se usa también para curar males de la vista.

Dentro de la medicina aborigen y popular americana, la aplicación con fines terapéuticos de la serpiente, abarca los más curiosos aspectos; víboras hervidas y asadas, sopas, gelatinas, jarabes y polvos hechos con el corazón, el hígado o con otras partes del cuerpo del animal, casi siempre mezclados con alguna bebida fermentada o con "breas" y resinas, son remedios de gran valor

16.—Julio Vicuña Cifuentes: *Mitos y Supersticiones*. Pág. 241. Santiago de Chile 1915.

dentro de lo que podríamos denominar "botica repugnante"; el veneno mismo de la serpiente es considerado un buen medicamento, y así, en el Brasil, entre el vulgo reina la opinión de que la mordedura de la víbora de cascabel cura la morfea y no ocasiona la muerte de los enfermos. Y es tan arraigada esta creencia que no pocos se someten a la prueba. Pedro L. N. Chernovich (17), cuenta el caso de un leproso que cansado de padecer la terrible enfermedad decidió hacerse morder por un crótalo. El hecho tuvo lugar en Río de Janeiro allá en un día de setiembre del año 1838 y el autor que nos ocupa, testigo presencial, va dando, minuto a minuto, todas las alternativas del envenenamiento que, como es de suponer, terminaron con la muerte de Mariano José Machado, que así se llamaba este héroe de la experimentación. Ensayos recientes, tan actuales como los últimos adelantos de la ciencia médica, vienen a señalarnos que algo más que simple superstición había en esa creencia empírica de los naturales del Brasil. Hoy se estudia los efectos del veneno de diversas especies de serpientes aplicado a en-

17.—Autor citado: *Diccionario de Medicina Popular*. Tomo 2º, pág. 686 y sig. París 1879.



fermos de cáncer y quizá no está lejano el día en que una revelación sensacional reivindique para esos aborigenes la gloria de haber sido los primeros en entrever la posibilidad de un remedio eficaz contra una de las más terribles enfermedades que conoció la humanidad. Si no la lepra, por lo menos el cáncer... En ese mismo pueblo, con fines médicos preventivos —asunto que nos ocupará más adelante—, se acostumbra usar cinturones de cuero de víbora, y lo que es más, se sostiene, a decir de don Félix de Azara, que la mordedura de cualquier víbora, por venenosa que sea, no causa daño alguno a los atacados de males venéreos⁽¹⁸⁾.

Pero lo que ayer y hoy, junto con el pelecho ha gozado de mayor popularidad, es la grasa de estos animales cuyas aplicaciones terapéuticas son de las más variadas. Así, cura contusiones y heridas y hasta sana a los tísicos. Las mujeres la emplean para hacer desaparecer las arrugas y hermosear el cutis, amén de otras aplicaciones tendientes a mejorar el cabello, y que ya tendremos oportunidad de glosar en capítulos subsiguientes.

18.—Autor citado: *Viaje por la América Meridional*. Tomo 1. Pág. 217. Espasa-Calpe. Madrid 1934.

La grasa de la serpiente es designada por el pueblo como "grasa fría", en contraposición a otras denominadas "grasas calientes" y que se extraen en su mayoría de las aves y de algunos lagartos. De todas las "grasas frías", la de la boa constrictor es la que reúne mayor poder curativo. Este reptil es considerado como el de más grande vigor, atribuyéndose esta condición a la grasa que amontona en el interior de su cola. Este detalle por un lado y la forma del animal por otro, han servido para que el aborigen de muchos pueblos americanos, especialmente los del noroeste argentino, los del Perú y Bolivia, encontraran, presuntivamente, la manera fácil de robustecer su órgano genital, a la par que aumentar su virilidad. Para ello, frotábase con grasa de ampalagua el miembro viril. Idéntico resultado obtenía en la cura de afecciones reumáticas, aunque en tal caso sometía al animal a un procedimiento especial, consistente en la extracción de la grasa sin matar al reptil y dejándolo luego en libertad con la herida abierta. Algunos de nuestros pueblos aborígenes acostumbraban también a frotar, asiduamente, con esta grasa el cuerpo de las criaturas en la esperanza de que así adquirirían extraordinaria agilidad.

En general el empleo de estas grasas iba acompañado con la mezcla de otras substancias y sus



fines no siempre fueron exclusivamente medicinales. Guaman Poma de Ayala habla de los antiguos hechiceros del Perú, y a propósito de algunos de ellos, dice: "...toman zebo de carnero y de culebra y de león y de otros animales y may y " sangre y chicha y coca y lo q'eman y hazen ha- " blar del fuego los demonios..." (19).

El Inca Garcilaso, en sus Comentarios Reales, nos ofrece un panorama aun más amplio de las creencias y supersticiones que en torno a las serpientes reinaba en el imperio de Manco Capac, y donde a través de Illapa, el rayo, se le llegó a rendir verdadero culto. Muchas de estas creencias pertenecen al campo de la medicina y, parcialmente, han sido reflejadas en lo que va del presente bosquejo terapéutico popular. Así en el Capítulo 1º IX, Libro 1º, al referirse a "la idolatría y los dioses que adoraban antes de los Incas" señala: "A " las culebras grandes por su monstruosidad y fie- " reza, que las hay en los Antis de a veinticinco " y de a treinta pies, y más o menos de largo y " gruesas muchas más quel muslo. También tenían " por dioses a otras culebras menores, donde no las

19.—F. Guaman Poma de Ayala: *Nueva crónica y buen gobierno*. Fojas 224 y sig.



" había tan grandes como en los Antis; a las lagar- " tijas, sapos y escuerzos adoraban" (20).

Esta adoración adquiere forma de verdadero culto y si bien Garcilaso trata de negar el fetichismo incaico al sostener que tanto a estos reptiles como a otros animales no menos fieros, se los "mantenia para castigo de los Malhechores", no puede sorprendernos que: "Las aves estrañas y los anima- " les fieros y las culebras grandes y chicas, con " todas las demás savandijas malas y buenas que " presentavan los curacas, las sustentavan en al- " gunas provincias, que hoy retienen los nombres " dellas, y también las tenían en la corte, assi pa- " ra grandeza della como para dar a entender a " los vasallos que las havían traído que, pues el " Inca las mandava guardar y sustentar en su cor- " te, le havía sido agradable el servicio que con " ellas le havían hecho, lo cual era de sumo con- " tento para los indios".

"De los barrios donde tenían estos animales, " havía alguna memoria cuando yo salí del Cozco: " llamavan Amarucancha (que quiere decir barrio

20.—Autor citado: Op. cit. pág. 30. Ed. Emecé. Buenos Aires 1943.



" de amarus, que son culebras muy grandes) al barrio donde ahora es la casa de los Padres de la "Compañía de Jesús..." (21).

A las serpientes no sólo se las cuidaba, sino que se les ofrendaban sacrificios humanos, y un estudio exhaustivo de la religión de los peruanos, afortunadamente ya realizado por Ricardo Latchan (22), puede darnos la razón del porqué de muchas prácticas que hoy juzgamos monstruosas.

Digamos aquí que si los antiguos pueblos de Oriente y Occidente vieron en el reptil el símbolo de lo infinito, a lo que no empieza ni acaba nunca, al emblema de la eterna juventud, a lo que vive en un permanente remozar; los aborígenes del Perú hicieron de la serpiente el símbolo de lo que surge espontáneo, la representación de la fuerza vital de la Naturaleza. Dentro de las tradiciones peruanas la serpiente aparece vinculada al mito del diluvio, y según Zárate, sostenían los aborigenes de esas tierras que ellas habían sido engendradas "del barro que quedó después de haber 'bajado las aguas que cubrieron la tierra'. Apa-

21.—Idem, idem. Libro V. Cap. X. Pág. 243.

22.—Autor citado: *Las creencias religiosas de los antiguos peruanos*. Santiago de Chile. 1929.



rece aquí la serpiente vinculada al agua y justifica la razón de su existencia mítica en todos los lagos de América.

Pero volvamos a la medicina. Cuando la Conquista, uno de los principales atractivos que movió a más de un expedicionario a dejar su suelo natal, fué el conseguir cantidades de la famosa piedra bezoar que tanto se cotizaba en los mercados de Europa. No ignorándose el origen persa de la piedra, algunos la encontraron también en el estómago de cuadrúpedos americanos y las más exóticas creencias trataron de explicar la formación de esta materia calcárea considerada como una panacea universal. En definitiva, el poderoso antídoto no era más que veneno de serpiente cristalizado por el paso brusco del calor al frío. Monardes, el famoso médico sevillano que tanto se ocupara de la medicina americana, en sus trabajos habla de la piedra bezoar a través de las informaciones de su corresponsal peruano Pedro de Osma, y el Padre Acosta, en su "Historia Natural de las Indias", considera a la piedra bezoar mejicana como la tercera en calidad, pues coloca en primer grado de valoración a la que se traía de las Indias Orientales y en segundo a las del Perú. Para nosotros, lo interesante de todo esto es la vinculación existente entre la piedra bezoar y la



serpiente. Ya Avenzoar, el médico hispanoárabigo (1091-1162), en un informe sobre la piedra bezoar, dijo: "La mejor es la que se encuentra en el este, " en los ojos de los ciervos. En esta región, los grandes ciervos se alimentan de serpientes para fortalecerse y antes de que lleguen a ser heridos, por instinto natural se zambullen en el agua hasta la cabeza. Permanecen dentro del agua hasta que empiezan a lagrimear, pero sin probarla, pues si lo hiciesen morirían instantáneamente. Este licor que mana de debajo de los párpados, se espesa y coagula, y sigue fluyendo hasta tener el tamaño de una nuez o una castaña. Cuando estos ciervos notan que el veneno ha perdido su fuerza, salen del agua y vuelven a sus parajes habituales, mientras esta substancia se endurece gradualmente hasta parecer una piedra, que por las frecuentes frotaciones termina por caerse. Este bezoar es el más útil de todos".

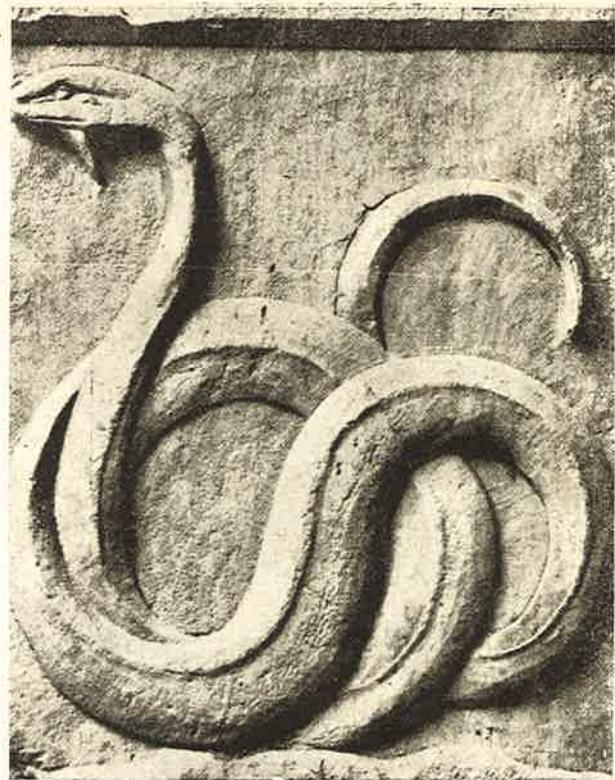
Victor Robinson, en su *Historia de la Medicina*, recuerda: "Los bezoares eran muy solicitados como antídotos, aunque su ubicación había sido transferida del ojo al estómago, y se consideraba a otros animales, además del ciervo, capaces de producir la piedra medicinal. Los drogistas vendían bezoares en tales cantidades, que un cirujano protestó indignado porque tales piedras nunca

habían estado dentro de una cabra montés, antílope o mono. Su reputación fué en aumento con el tiempo y los médicos la recomendaban para toda clase de fiebres y enfermedades de la piel, incluso la lepra. Los hombres la llevaban como amuleto dentro de cajas de oro y plata; y durante las pestes, los que no la podían comprar, la alquilaban a tanto por día. Las autoridades quemaban los bezoares falsos, pero los declarados genuinos se vendían a altos precios y eran cuidados como tesoros. Según Abdanalarack, un castillo de Córdoba fué permutado por una de estas piedras. Es más notable aún, que la piedra bezoar fuera admitida como remedio oficial en la farmacopea londinense hasta mediados del siglo XVIII". Vargas Machuca, en su "Milicia y descripción de las Indias", dice que las piedras bezoares "... las producen los venados que, gozando a tiempo de la tierra caliente, van a morir en la templada. La concreción es a causa de que los venados, después de sufrir la picadura de alguna culebra, toman una hierba para curarse" (23).

23.—Carlos Pereyra: *Monardes y el exotismo médico en el siglo XVI*. Biblioteca Pax. Pág. 119. Madrid 1936.



Esta explicación no es ni la única ni la más interesante, aunque todas ellas fueron discutidas en su época, haciéndolo con verdadera pasión un contemporáneo de Monardes, el Dr. Cárdenas, quien al refutar a los autores de su tiempo, afirmaba que "...un error terrible, que no sólo la gente del vulgo, pero los muy graves autores tienen, acerca del modo con que la dicha piedra se engendra, diciendo que los venados, cervicabras y vicuñas (que son los animales en quienes los bezoares se crían) salen por tiempo de muy caloroso estío, y metiéndose por las cuevas de ponzoñosos animales y sabandijas, son mordidos y emponzoñados dellas, y que en el mismo punto que se sienten con las ansias de la ponzona, se van a pacer el ditamo y otras salutiferas y medicinales yerbas, y con esto se meten en un fondo río o fuente, y estándose allí, gozándose de aquel gran refrigerio del agua, dicen que en aquel breve espacio, por orden maravilloso de naturaleza, se forja la piedra bezoar, así mediante la gran fuerza y fuego del veneno, como con la gran frialdad del agua, ayudando —como ellos dicen— a esto la influencia de los planetas y aun



1. *La serpiente sagrada. Fragmento de un relieve encontrado en los alrededores de Zea. Pertenece al altar expiatorio consagrado a Zeus.*



2. *Esculapio, padre de la medicina, era representado portando una serpiente. Los epidauros decían que la serpiente era Esculapio en persona.* (Escultura de Esculapio e Higias. Museo del Vaticano).

"la muy preciosa virtud de la contrahierba que "pacieron..." "(²⁴)

La explicación que da Cárdenas, empírica y racional, se ajusta más a la verdad sobre la formación de los bezoares, elemento curativo en torno al cual se podría escribir más de un capítulo lleno de interés, pero las antiguas creencias anotadas justifican, aun hoy, toda una serie de supersticiones relativas a la serpiente y el venado, animales a los que se supone enemigos y dispuestos siempre a dañarse mutuamente.

Pero si el bezoar era conocido en Europa con antelación al descubrimiento del Nuevo Mundo, no se puede decir lo mismo con respecto al tabaco, producto vegetal originario de estas tierras y que algo tiene que ver también con la serpiente. Usado en la celebración de los ritos purificadores de los pecados, el tabaco como agente medicinal era un poderoso emético. Los hechiceros americanos tenían en gran valor sus virtudes de vomitivo y sudorífico y empleaban sus hojas no sólo como remedio empírico, sino atribuyéndole condiciones mágicas tan poderosas como era esa de arrojar fuera

24.—Idem, idem. Pág. 120.



del cuerpo no sólo los restos de comidas, sino también los malos espíritus.

Sobre el origen de la planta, una leyenda árabe nos refiere lo siguiente: Un día de invierno, por un sendero, iba en dirección a un pueblo cualquiera un árabe de muy nobles virtudes y de más noble corazón aún. Próximo a llegar, fijó su mirada en el suelo y vió yerta, casi muerta de frío, a una serpiente. "Todo lo que palpita es santo", se dijo y, recogiendo al reptil, le hizo lugar en una de las mangas de sus ropas a fin de que entrara en calor. Pero las sierpes son ingratas. Apenas revivida clavó sus dientes y su ponzoña en el brazo de su salvador. Este, lleno de indignación, arrojó lejos de sí al reptil y succionando con su boca la herida extrajo el veneno que escupió de inmediato dando margen así a que en el lugar en que cayera la ponzoña, brotara la primera planta de tabaco. Nada sabemos de la leyenda americana, pero intuimos, sin embargo, su existencia y la intuimos porque en México la planta era considerada como el cuerpo de una diosa a la que, según Fray Gerónimo de Mendieta⁽²⁵⁾ nombraban bajo el

25.—Fernando Ortiz: *El tabaco y los mitos de purificación en América*. Revista Romance. Méjico 1940.

denominativo de Ciuacoatl, cuya traducción no es otra que "culebra hembra" o "mujer-serpiente", y a esto se une que en toda la extensión de nuestro continente se considera al vegetal como uno de los remedios más positivos para neutralizar los efectos del veneno del reptil. Así, en toda una extensa zona del Brasil y gran parte del territorio argentino se afirma que el tabaco mascado —"naco"— aplicado en la herida abierta como consecuencia de una mordedura de víbora, absorbe el veneno y que, en todos los casos, el vegetal adormece a las víboras haciendo las veces de un poderoso narcótico. Algo semejante se afirma de la saliva humana.

Dijimos ya, de paso, que el pelecho o "camisa" del reptil fué considerado siempre como un agente de gran valor curativo. En las antiguas boticas europeas, junto con los dientes de Dragón importados de la China, por espacio de varios siglos, ocupó un lugar de preferencia. Sus aplicaciones eran diversas y llegaron hasta América donde sus propiedades tampoco habían pasado inadvertidas. De antiguo las machis araucanas preconizaban contra el dolor de cabeza llevar atada bajo la vincha una "muda" de víbora. El medicamento no debía ser del todo malo. Ganó las pampas argen-



tinas y fué cobrando fama por todo el continente americano, donde aun hoy se emplea con resultados —a decir de la gente del campo— altamente satisfactorios. En el Norte de la República Argentina, especialmente en la provincia de Salta, al pelecho de la víbora se lo denomina "cáscara", y la misma tiene diversas aplicaciones dentro de la terapéutica popular. Para calmar los dolores producidos por las caries dentarias se acostumbra introducir un pedazo de "cáscara" en la parte afectada. Asimismo, para "apurar el parto", si es que antes no han dado resultado otros acíticos, se hace ingerir a la enferma un pedazo de pelecho o se le presenta una víbora que, para el caso, parece ser lo mismo (²⁶). Para favorecer la expulsión de los restos se acostumbra dar a la parturienta caldo de piel de culebra. Pero éste no es un remedio americano. Si difusión es universal y Jesús Rodríguez López, en sus "Supersticiones de Galicia", lo anota como propia de esa región española.

En general, en todo el norte de nuestro país y probablemente en toda América, prima la creen-

26.—Julio Mendioroz: *Folklore médico del Norte Argentino*. (2^a Nota). Octava reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte. Pág. 421. Buenos Aires 1934.

cia de que muchos males femeninos son producidos por serpientes de las que se dice anidan en las partes secretas de la mujer y son las que, con sus "picaduras", producen los menstruos. El origen de los tumores y fibromas en los órganos internos femeninos tienen idéntica explicación, y básease todo en la creencia generalizada de que la víbora es enemiga de la mujer a la vez que amiga del hombre, y tan arraigada es esta creencia, que en más de una oportunidad nuestras curanderas recetan trozos de carne de serpiente para curar males venéreos cuando los pacientes son hombres, ya que la enfermedad que sufren es el "mal de mujer". En Chile acontece algo semejante. Para las enfermedades de la orina se aconseja "polvo de varilla", que se obtiene tostando "viva una culebra hasta carbonizarla y se echa al mortero en seguida" (²⁷). En las boticas de dicho país, aun no es difícil el poder adquirir un poco de "culebra en polvo", que es otro de los nombres con que se conoce al remedio. Evidentemente, en ese pedazo de suelo americano, el reptil ha gozado siempre de la predilección de los machis y es así como en algunos de sus famosos "mixtos", que sirven para la cura de dis-

27.—Julio Vicuña Cifuentes: *Op. cit.* Pág. 316.



tintos males, entran los dientes de culebra junto con otras partes del cuerpo del animal.

Julio Vicuña Cifuentes, que ha estudiado los "Mitos y Supersticiones" de su patria, nos ha proporcionado una larga lista de remedios, de entre los cuales extraemos los siguientes:

"Para sanar de los lobanillos se recomienda co-
"ger una culebra viva y echarla en un tacho, al
"que se cuelga en la cocina. A medida que la
"culebra —otras veces también una lagartija—
"se va debilitando por la falta de alimento, va
"menguando el lobanillo, el cual desaparece del
"todo cuando muere el reptil".

"Si se consigue hacer pasar una culebra viva
"por el cuello de una persona que padece de coto,
"éste se disuelve".

"Para el "castrón" (úlcera inveterada) es bueno
"tomar una lagartija, a la cual se la ha despojado
"de las patas y la cola, con el objeto de que ésta
"chupe el pus" (*)."

Muchos de estos procedimientos curativos no son desconocidos en la Argentina, donde a veces se emplea al sapo como sustituto de la serpiente,

28.—Idem, idem. Pág. 302.

quizá por inspirar menos temor. En Santiago del Estero, por ejemplo, hubo un tiempo en que era común el uso de collares de cabezas de serpientes para extirpar el bocio.

Ya hablamos de la grasa de la víbora como elemento curativo. Algo hemos dicho con respecto a su acción en casos de heridas y quemaduras. Agreguemos ahora que los americanos, tanto del sud como del norte, consideran al ibijara (*Amphisbenna alba*) y al quirotes lombriz (*Chirotes lumbrioides*), dos anfisbénidos inofensivos del Brasil y México respectivamente, famosos por aquello de "Víboras de dos cabezas", reptiles muy venenosos —siendo en realidad batracios— a la vez que le atribuyen una extraordinaria virtud curativa. Es posible que la facultad que tienen estos animales en general y los anfisbénidos en particular, de reproducir las partes del cuerpo perdidas por cualquier accidente, haya inducido a creer que esos reptiles deben tener propiedades especiales. Los indígenas están en la firme persuasión de que la carne de las dobles andadoras, tostada y reducida a polvo muy fino, es un remedio infalible para la fractura de huesos, heridas profundas y otros males de análoga naturaleza.

El estudio de estas manifestaciones terapéuticas dentro de la medicina aborigen y popular ame-



ricana tiene aspectos aún más interesantes. Animales hay que con su historia, por sí solos, llenarían más de un volumen, tal es la extraordinaria aventura de sus vidas. Hasta el presente poco se ha intentado en la materia y si por nuestra parte algo hemos hecho es para proseguir ahora con el estudio de la serpiente dentro de las creencias y supersticiones médicas americanas (29).

- 29.—Bajo el título de *La serpiente en la terapéutica aborigen y popular americana*, este capítulo fué aprobado y leido en la 4^a Sesión de las Primeras Jornadas Argentinas de Historia de la Medicina, realizadas por la cátedra de Historia de la Medicina de la F. de Ciencias Médicas de Buenos Aires (20-10-43). El autor ha introducido en el trabajo algunas modificaciones, adaptándolo a las exigencias del presente volumen.

II

CREENCIAS Y SUPERSTICIONES MEDICAS EN TORNO A LA SERPIENTE

“Quitar el nombre” es dentro de la terminología médico popular americana algo más que negar o desconocer la paternidad de un hijo. No tenerlo, es ser una sombra. A decir del aborigen y su sucedáneo criollo: un “ente”. Algo que vive, que se mueve pero que carece de alma. Y la serpiente es un animal capaz de “quitar el nombre” o, en otros términos, arrebatar el “espíritu”, a cualquier persona. Por eso, indudablemente, fué simbolo dentro de la alfarería americana, donde su cuerpo cubrió más de una vez el contorno de las urnas funerarias como guardián celoso de los restos que en ellas se guardaban. Todos los pueblos de cultura



andina depositaban a sus muertos bajo la advocación de la serpiente y fué ella la que resguardó su sosiego hasta la llegada del Conquistador que no tuvo escrúpulos en turbarlo. Las urnas funerarias tanto en el Perú como en el Valle Calchaquí y por añadidura en toda la extensión geográfica que estos puntos comprendieron, fueron denominadas "huacas", vocablo que en la actualidad traducimos por "tesoro", pero que Garcilaso dice significar "serpiente". Todo esto en lo que se refiere a la Prehistoria y la Arqueología clásicas de nuestro continente, ya que en el Folklore, sobrevivencias actuales prueban el hondo arraigo de todas estas creencias primitivas. En la región calchaquí, Juan B. Ambrosetti, Samuel Lafone Quevedo y muchos otros investigadores que honran a la ciencia argentina, debieron interrumpir alguna vez su labor, ante la negativa de los peones de efectuar una excavación en un lugar en el que se descontaba la existencia de una "huaca". A través de sus concepciones mágico-animistas, esos hombres atribuían existencia real a la figura de la serpiente y suponían devenir en sombras, enloquecer si sólo las ponían en descubierto. Para graficar ese estado mental, digamos, como el paisano, que se volvían como "víbora que perdió la ponzoña", y tratemos de explicar esta expresión, fundamentada en una creencia



profundamente arraigada en el alma aborigen. Las serpientes, en su mayoría, son excelentes nadadoras. Vadean las aguadas y los ríos con una agilidad y una elegancia realmente extraordinaria. Pero antes de hacerlo, aquellas que son ponzoñosas acostumbran "sacarse la bolsita de veneno y dejarla escondida entre la hierba o bajo un montoncito de "guano i'vaca" (30). Sucede a veces —siempre a decir del hombre de los campos de nuestro continente— que la víbora vuelve en busca de la ponzoña y no la encuentra. Entonces va y viene, enloquece, se revuelca en espasmos que dan miedo y termina por matarse mordiendo una y mil veces su propio cuerpo. A su vez, si alguna persona encuentra la "bolsita de veneno", adquiere de inmediato la facultad de entender el lenguaje de las bestias y se convierte, de paso, en aventajado curandero. Más grave aún que descubrir una "huaca", era abrirla. La víbora representada en la urna, los envenenaba con su aliento. De ahí que el "morir hinchado", característica del fallecimiento producido por el veneno de las serpientes, en un lugar cualquiera de los montes o de las montañas,

30.—Orestes di Lulo: *El Folklore de Santiago del Estero*. Edición de la Universidad Nacional de Tucumán. Pág. 294. Buenos Aires 1943.



bien podía tener su razón de ser en la intentona fracasada de profanar un sepulcro. Hay en eso del aliento de la serpiente una verdad que la Historia Natural se ha empeñado en poner en evidencia. Y es que no puede ser más desagradable al olfato. Las serpientes son carnívoras y como las substancias animales que devoran permanecen por largo tiempo en su estómago, terminan por descomponerse en la citada víscera. Resultado de ello es que los reptiles exhalan por lo común un hedor insopportable que, dejándose percibir desde lejos, avisa al hombre de la proximidad del animal. Otras especies despiden un fuerte olor a almizcle y, en conjunto, las miasmas pútridas que exhalan estos reptiles forman una atmósfera apesadada alrededor de los mismos. Es a este hedor al que se ha atribuido la virtud de forzar a las aves, a los demás reptiles y hasta a los cuadrúpedos, a introducirse en la boca de la serpiente. Esta atracción tan extraordinaria ha sido llamada hechizo o encanto y justifica el porqué de algunas creencias.

Pero así como el reptil es capaz de "quitar el nombre", así como envenena con su aliento, así también enferma y mata con el "rastro". Estableciérase en una de las prescripciones del Talmud —no sabemos a ciencia cierta si en el de Jerusalén o



Babilonia— que un hombre no debe vender a su vecino zapatos confeccionados con la piel de un animal que haya muerto de enfermedad, como si fuera de una res muerta en el matadero, por dos razones: primero, porque le engaña, pues la piel de un animal muerto no es tan duradera como la de un animal sacrificado; segundo, porque hay peligro, pues el animal muerto puede haber sido picado por una serpiente, y el veneno que queda en el cuero puede ser fatal para el que use los zapatos. Y si esto se creía en la antigüedad, dentro de la medicina popular del Noroeste argentino y en la extensión toda del Río de la Plata, la "culebrilla" o "fuego de San Antón", prueba que en nuestros suelos primaban idénticas supersticiones. La "culebrilla" es una de las enfermedades más temidas por el nativo. Se trata de un herpe zóster, consistente en una erupción que aparece en forma de franja alargada y sigue el trayecto de un nervio sensitivo. Según una creencia popular, la enfermedad es originada por el contacto con una piel de culebra y el pronóstico es de carácter reservado cuando la "cabeza se junta con la cola" en el tórax del paciente. El contacto con la culebra —según la misma creencia— puede ser directo o indirecto. Basta para provocar el mal que el reptil haya dejado su rastro en



las mantillas de un niño. De ahí que, si en algunas regiones de la península ibérica se acostumbra a pasar por las llamas las ropas de los párvulos, en nuestra América hispana es un hecho consagrado el planchar toda vestimenta infantil. El calor disuelve el "rastro", y si como curiosidad esto resulta interesante, no lo es menos el hecho de que para curar la enfermedad se recurra al sapo, enemigo mortal de la serpiente, a quien se traspasa el mal. La operación consiste en partir al batracio y aplicar la parte externa de la piel del animal en los lugares afectados por el mal. Como se ve, el procedimiento es fácil pero, al pasar, digamos algo del sapo y la serpiente. Su enemistad proviene de lejos. Ocupa capítulos atrayentes en el folklore de todos los pueblos del mundo y cuanto se nos dice al respecto, lo aceptamos como verdades de a puño. Lo cierto es que en estas tierras se habla de sus frecuentes encontronazos. Cada cual pretende aventajarse y si es la víbora quien lo logra, un festín común marca el final de la contienda. Pero la cosa es trágica si el sapo encuentra dormida a la serpiente. Comienza por pasear a su alrededor haciendo con su baba una especie de círculo donde el reptil queda como aprisionado. Y cuando el batracio termina esta operación, un tanto alejado del lugar, inicia su croar despertando a la



víbora que, asqueada de verse presa dentro de la baba del sapo, prefiere la muerte antes que transponer el odiado círculo. Para ello —eso afirma la gente—, el reptil se inocula su propio veneno, mordiéndose la cola. Pero una vieja conseja agrega algo más. Asegura que el sapo sabe de los refugios de las víboras y, para que el hombre pueda librarse de ellas, acostumbra a señalar con sus babas, siempre haciendo el consabido círculo, los sitios donde éstas se encuentran. Todo esto también se cuenta respecto al venado y la serpiente. Sólo que en vez de la baba del batracio, se habla de la saliva del cuadrúpedo. En el asunto algo tiene que ver la piedra bezoar, asegurándose que el venado es inmune a la ponzoña del reptil y que la aplicación de su cuero en el lugar donde ha sido "picado" un individuo, basta para neutralizar los efectos de la ponzoña. En general es clásica ya la creencia de que la víbora siente especial aversión hacia la saliva y basta la humana, frotada en la nuca de cualquier reptil por venenoso que sea, para que se adormezca y vuelva inofensivo.

Cuanto se dice del venado se repite también de la cabra, y si el pene pulverizado de ciervo, mezclado con vino, "va bien contra la mordedura de



vibora"³¹), tampoco es mal remedio la sangre de cabra mezclada con estiércol y hervida, pues no sólo destruye la ponzoña sino hace que se alejen los reptiles. Iguales resultados se obtienen con las cenizas de los cuernos del animal y con sus pelos quemados.

En sus concepciones, el adulto incivilizado enumera juicios que son aciertos indiscutibles. Parecen axiomas; y cuando por el Brasil, refiriéndose a la mordedura de la víbora de la cruz, se dice: "quando não mata... aleja", comprendemos la verdad terrible de esta sentencia. También en nuestro suelo el paisano asegura que "cuando no mata, estropea", y la razón de esta creencia, fruto de un empirismo bien delimitado, debemos buscarla en la acción de la ponzoña del reptil que ataca y desintegra los tejidos celulares. Ese mismo paisano asegura que no debe pisarse la sangre de víbora, pues se seca la sangre de quien lo hace. Quizá por eso mismo todos los "viboreros" son hombres flacos que andan "como buscando el cajón". Y es que la víbora, según la creencia cristiana, arraigada en América, ha sido "enviada" para causar mal. No debe cazársela viva. Hay que matarla y



3. *La serpiente emplumada*, vista de frente y de perfil (Museo de Historia Natural de Viena).

31.—Mausson-Lanauze: *Op. cit.* pág. 24.



4. *Boa constrictor*. La famosa "ampalagua", cuya vida llena un interesante capítulo en las creencias médicas americanas (Fot. Jorge W. Abalos).

en fuego lento reducirla a ceniza. Sólo así pueden evitarse las consecuencias de su trágico sino. Y para matarlas, nada de armas modernas, nada de encontrar desprevenido al animal, nada de golpearlo con un palo cualquiera; para eso está la caña hueca — el "caspi machajero" de los quichuas — y para eso hay que saber pelearla, sobre todo si se trata de una ampalagua. Todas estas creencias y supersticiones se fundamentan en principios de medicina mágica, expresión esta última un poco fuera de lugar, pues medicina y magia se confunden dentro de la mentalidad primitiva. Quien mata a una boa constrictor dormida, no sólo no tendrá suerte en el juego, sino que por siempre será un cobarde. Por el contrario, si la pelea a brazo partido y sale triunfador, cosa que acontece casi siempre, poseerá en adelante la fuerza del reptil, y esto no es poco que digamos. Eso si: pelearla, vencerla, pero no "cueriarla". Quien lo haga, perderá su vitalidad, se volverá debilucho y su andar por la vida será un continuo "arrastrarse". Tampoco eso de golpear a la vibora. Para matarla —no sabemos la razón de esta creencia —basta con tocarle la nuca con el "caspi machajero". Quien recurra a los golpes también terminará por arrastrarse como la serpiente. Nada de despedazarla con cuchillo, que es "tapia" (desgracia). Al



hacerlo con palo, hay que aplastarle previamente la cola, pues "dicen que la víbora vuelve, busca la cola para curarse y vive"; además "hace tropa" (32). Todo esto sin olvidar que, según se afirma en Chile, "la persona que apalea una culebra y no la mata, queda sin fuerzas para toda su vida, si el reptil huye y se esconde en su cueva" (33). Pero eso de "pisarle la cola" no es sólo americano. Adquiere la dimensión de una creencia universal. Su origen debe buscarse en la morfología del ofidio. Ella dió lugar a la creencia de una cabeza en cada extremo del cuerpo del animal y, como dijimos, lo hizo símbolo de lo infinito. De ahí que los hindúes en sus plegarias al Dios de las Serpientes repitieran: "¡Oh Naga Va Suki, ¡oh! Naga ho!" (Tú eres sin comienzo ni fin, tú eres invencible y todopoderoso).

Pero sigamos con la serpiente reptando por nuestro suelo. La Salamanca es uno de los mitos más difundidos en el continente sudamericano. Aquelearre de brujas y hechiceros, su origen debemos buscarlo en Europa, especialmente en España, donde de continuo se habla todavía de seres que

32.—Orestes Di Lulo: *Op. cit.* pág. 296.

33.—Julio Vicuña Cifuentes. *Op. cit.* pág. 269.



mediante pactos satánicos, adquieran virtudes maravillosas particularmente en el arte de curar, ejerciendo luego el curanderismo con la devoción de un verdadero apostolado.

La tradición americana no es menos generosa. En sólo tres días, dentro de una Salamanca, se podía dominar una ciencia cualquiera, previa, claro está, toda una variedad de ceremonias y prácticas mágicas donde el Demonio hacía de amo y señor. Estas ceremonias eran verdaderas pruebas de iniciación y en ellas la serpiente tenía a su cargo funciones de orden primordial. No sólo hacia de bastonero en las reuniones y los bailes, sino que, dentro de la medicina, era ella quien tenía a su cargo el proporcionar a las mujeres los "qualichos", los brebajes y polvos buenos para el amor a la vez que capaces de ocasionar la muerte del hombre esquivo a los requiebros femeninos. Todo eso era a cambio de sangre de mujer. Cuanto antecede, que así, contado, adquiere tonos risibles, ocupa uno de los sitios más trágicos de la Historia de la Colonización en la América Española. Acusados de tener pactos con el Diablo muchos aborigenes de nuestro suelo conocieron la amargura del tormento y no fueron pocos los que se vieron morir en las hogueras levantadas por la Inquisición. Casos hay en el Perú; en el viejo Tucumán



de la Conquista y, en uno de ellos, ya glosado por otros autores, una india acusada de hechicería, hace esta extraordinaria confesión:

Que "...vió mucha gente en cueros, y ella también, pues antes de entrar (se refiere a una Salamanca) "se desnudaron y vieron un viborón" que sacaba la lengua mirando a todos y éste le "dió a la mujer (acompañante de la india) un "papel con unos polvos, el que estaba liado con "un hilo colorado y cabellos. Y le encargó a esta "declarante dicha mujer que aquellos polvos eran "para el efecto de matar, dándolos en comidas o "en bebidas. Y que habría baile y canto con arpa "y guitarra, y que dicha mujer le dijo que aquel "viborón pedía le diese su sangre, a lo que esta "declarante se negó y entonces, enojado el vi- "borón, se suspendió como que se sentaba y dicha "mujer dijo al viborón no sea que de miedo nos "descubra y así yo te traeré la sangre de ella".

Lo anotado huele a leyenda, pero la verdad es que se trata de parte de un proceso judicial ventilado en Santiago del Estero, allá por el año 1761 y que se encuentra en el Archivo de la citada Provincia, catalogado como Expediente 33, legajo 13 del citado año.



5. "Vibora del agua", en torno a la cual se teje toda una serie de leyendas. Para muchos nativos del norte, es la "malen mama", esto es, la madre del agua, o más bien la madre del río. (Fot. Jorge W. Abalos).



Las creencias y supersticiones médicas vinculadas a la serpiente no paran en lo enunciado. Ciento es que aparecen un tanto difusas, pero si analizamos el porqué de la adoración de la boa constrictor entre numerosos aborígenes de nuestro suelo, por ejemplo, comprendemos la influencia de principios mágicos-médicos y damos contenido a la leyenda que asegura que dicho reptil es inofensivo, a pesar de sus dimensiones, debido al poder de una bruja que había encantado a la especie, privándola de los feroces instintos de sus congéneres. Otras culebras hay, pequeñas y robustas, y respecto a ellas una creencia chilena asegura que "...crece hasta que es vista por ojos humanos. En el instante preciso en que alguien la ve, su crecimiento se detiene, y el reptil se limita a engrosar en lo sucesivo" (34). En el campo terapéutico hemos hablado de las virtudes curativas del pelecho de la serpiente. Digamos ahora que la vibora tiene siete cueros y, para los efectos médicos ya señalados, nada mejor que el último de todos ellos. Una creencia análoga prima respecto al veneno y a los efectos de la mordedura. Su acción sobre la víctima está en relación directa con respecto a la

34.—Idem, idem. Pág. 268.

hora, a la época del año en que fué mordida, debiéndose establecer también, a objeto del pronóstico y de la curación, si fué la primera "picadura" del día o si otras le precedieron. En invierno el veneno es menos activo y, a mayor cantidad de víctimas, menor peligrosidad en los efectos del mismo. Esto último, todo un principio lógico que el empirismo de esos hombres ha fijado como una verdad definitiva. El solo nombrar a una serpiente es causa de una posible enfermedad y, para neutralizar tales consecuencias —dice la creencia—, hay que invocar a la Virgen, quien, según la bíblica leyenda, "las maldijo, condenándolas a arrastrarse, por haber asustado una de ellas al borriquito en que la madre de Dios huía con su hijo del furor de Herodes" (35). Hasta ese entonces las serpientes marchaban erguidas.

Respecto a las mordeduras de serpientes, hay también infinidad de creencias y supersticiones. Así, el individuo mordido debe evitar de beber agua sencillamente porque es "malo" y, en cambio, se aconseja el tomar bebidas alcohólicas, en especial la "caña paraguaya", en la convicción de que neutraliza los efectos de la ponzoña. La "contra-

35.—Idem, idem. Pág. 269.



"yerba" ha merecido también, sobre todo en la época de la Conquista, el favor de los "médicos" y "curanderos". Un zoólogo, del siglo pasado, ocupándose del remedio dice: "Los indios de la América del Sur atribuyen propiedades extraordinarias contra el veneno de las serpientes a una planta de aquel país conocida con el nombre de guaco o de uricaria guaco. Aseguran que no solamente la aplicación de las hojas de guaco sobre la mordedura de las serpientes más peligrosas previene todo efecto deletéreo, sino que la inoculación del jugo de esa planta impide a las serpientes morder a las personas así preparadas. Se citan en apoyo de esta opinión las observaciones de un autor español llamado Vargas y las de Mutis; finalmente, el célebre y sabio viajero M. de Humboldt piensa, según algunos experimentos, que el guaco puede dar a la piel un olor que repugne a la serpiente y le impida morder". Otro preventivo es el ajo, pero cuando falta, nada mejor que envolverse los tobillos con hebras de yuchan o algodón de palo borracho. Esto último, todo un medicamento al que el nativo del Noroeste argentino llama pomposamente "resguardo". Para la gente del campo las "picaduras más bravas" son las de las víboras que "muerden con la cola", y si bien desconoce-



mos la razón de esta creencia, bien puede ser que ella esté relacionada con una característica muy especial de la víbora de coral. Cuando esta serpiente se ve en peligro, retrocede. Da la impresión real de una precipitada fuga que se objetiva aún más al alzar la cola cuya forma, a la distancia, en poco se diferencia de la cabeza. Pero entonces arremete y muerde, dando la sensación de hacerlo con la parte trasera de su cuerpo, debido a los movimientos que precedieron al ataque. La víctima casi siempre muere, pero si cura, no sólo vuélvese refractaria al veneno de las serpientes, sino que también a la ponzoña de cualquier otro animal. Para el nativo la coral es la "víbora colorada con pintas negras" y no sólo muerde en la forma señalada, sino que también tiene un aguijón en vez de dientes. Y no termina aquí la cuestión. Es idea generalizada que todas las serpientes tienen patas y que en días determinados y siempre funestos las muestran, causando así la muerte instantánea de quien ha tenido la desgracia de verlas. La verdad es que muchas veces las serpientes mueren aplastadas y en tales casos ponen en descubierto su doble pene que el aborigen y aun el hombre poco versado en Historia Natural, confunde con un par de patas. En realidad la "víbora de dos cabezas" presenta un par de patas rudimen-



tarias y la "ampalagua" presenta, en la región pelviana, dos uñas, restos de miembros que poseyeron sus antepasados.

La "Lutu machajuay" de los campos santiagueños, no es otra cosa que la benéfica musurana, enemiga mortal de todas sus congéneres venenosas a las que engulle con apetito pantagruélico. Ello no obsta para que su aparición en los ranchos se considere como un presagio de muerte y, si hay quienes las crían para evitar la acción de las ratas en los graneros, se evita muy bien de que las criaturas ganen confianza y pierdan temor a las mismas, pues impera la firme convicción de que el "jugar" con tales culebras, vuelve inválido al niño. Una creencia semejante es la que asegura que el esposo de una mujer en estado de gravidez, debe cuidarse de matar a una serpiente para evitar así que el hijo próximo a nacer, se arrastre en vez de caminar. En este aspecto de la superstición, el tema abarca tópicos por demás interesantes y de los mismos ya tendremos oportunidad de ocuparnos.

Volvamos por ello a lo nuestro y, sin entrar en la anécdota, relatemos la forma de "curar" una guitarra, usando para el caso un cascabel de víbora. "Curar" una guitarra es procurarle al ins-



trumento la mayor sonoridad posible. Y esto se logra mediante una "madrina" y, para el caso, nada mejor que el cascabel de un crótalo. Hay que cortarlo sin matar al animal y dejándolo en libertad. A esta acción, de por sí peligrosa, se suma una creencia por demás original. Resulta difícil establecer con precisión si las víboras viven en pareja. Se sabe que los machos fecundan a muchas hembras y las abandonan luego, pero la gente de campo asegura que la víbora de cascabel "nunca anda sola". De ahí que cuando un individuo consigue el cascabel, debe temer la venganza del ofidio sano. Por un trágico designio —dicese— el hombre vuelve al lugar y entonces el crótalo cobra su precio. Digamos finalmente que eso de "curar" al instrumento consiste en introducir dentro del mismo al cascabel conseguido en las condiciones antedichas y no sólo logra su anhelo en lo que respecta a la guitarra sino que, de paso, el músico, casi siempre cantor, afina su voz y logra fácilmente el favor de las mujeres.

Hemos anotado algo relacionado con la tendencia de ciertos niños a eso que llaman "jugar" con las víboras. Algunos psicoanalistas creen ver en ello la resultante de sobrevivencias de estados mentales primitivos y ensayan las más curiosas teorías para probarlo. Nosotros, como final de este



capítulo, al margen de todo ello, únicamente digamos que en el Paraguay y en Misiones se afirma que quien lo hace no sólo se vuelve inválido sino que termina por perder la vista. De ahí que la mayor parte de los "encantadores" de serpientes, que también los hay por América, concluyan sus días en medio de una ceguera absoluta.

III

LA SERPIENTE Y EL SEXO A TRAVES DE CREENCIAS Y SUPERSTICIONES DE AMERICA

Desde los apacibles días bíblicos en que Jehová maldijo a la serpiente por haber tentado a Eva, hasta hacerla probar el fruto del árbol de la sabiduría, pesa sobre las relaciones entre el reptil y la mujer un sino maldito que el tiempo no ha podido borrar. Salvo casos excepcionales, son enemigos a muerte y como tales desfilan a través de las leyendas, mitos y supersticiones de muchos pueblos del mundo. El reptil, frente a la mujer, es sinónimo de astucia, dispuesto siempre a causar daño, y si esto se justifica en las tierras de Europa a través de la leyenda del Génesis y de las tradi-



ciones cristianas, resulta curioso encontrar parados relatos entre pueblos aborígenes americanos, donde en distintas supersticiones relacionadas al sexo y a la mujer no es ajena la serpiente, llamada siempre a desempeñar un papel de importancia. Pero ese rol no es en toda oportunidad, maligno. La serpiente fluctúa entre el bien y el mal y, en no pocas ocasiones, es la representación de la fecundidad, del amor y del acoplamiento. Pero si dentro de las religiones primitivas de América priman estas concepciones, ellas no se perpetúan a través del Folklore que, en este caso, pareciera romper esa trayectoria de continuidad existente entre religión aborigen y superstición actual.

Las religiones primitivas de nuestro continente, tanto en el Norte como en el Sud, hacían de la serpiente un verdadero culto. El mismo que conoció la humanidad antigua antes del advenimiento del cristianismo. Un culto a las fuerzas de la Naturaleza. Pero ese culto se perdió en el tiempo y el espacio y, sólo considerando al terror como manifestación religiosa, puede señalarse su sobrevivencia actual a través de las diversas manifestaciones del alma popular.

En toda América, especialmente entre los Mayas y los Aztecas, la serpiente fué algo más que la simple representación de un falo. Estaba unida



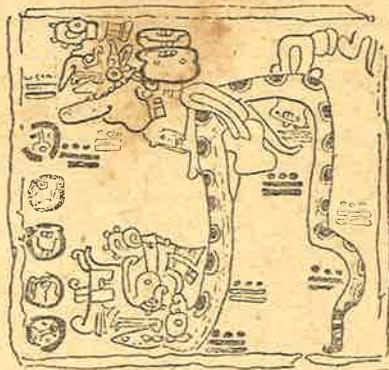
6. *Coatlicué, la mujer serpiente del panteón mitológico mexicano, era protectora de las parturientas. Se la representaba formada por numerosas víboras de cascabel.*



a la vida del pueblo y, si nuestro propósito es dejar de lado todo cuanto atañe al ofidio como símbolo y manifestación religiosa, no podemos prescindir, sin embargo, de la enumeración ligera de algunas deidades americanas vinculadas al tema, para entrar recién en el mismo con la amplitud de que éste es acreedor.

Gucumatz, el "loro-serpiente" de los guatemaltecos, y Quetzalcoatl, la "serpiente emplumada" de los aztecas, son deidades superiores, árbitros supremos, reguladores del mundo a la vez que creadores y generadores. En América Central, Votan se les parece. Éste fué quien repartió las tierras entre los hombres y era descendiente de Imos, de la raza de los Chanes o serpientes. Sus compañeros fueron serpientes como él, viniéndole de ahí la denominación a Palenque --Nachan-- la ciudad que fundara bajo el nombre de "ciudad de las serpientes".

Tanto Gucumatz como Quetzalcoatl parecen tener el valor de un símbolo femenino y esto lo encontramos desarrollado con mayor amplitud en Coatlicué, la "mujer serpiente", anterior a los dioses citados e integrante también del panteón mitológico mexicano. Es Cihuatcoel de los pueblos centroamericanos, llamada también Tonantzin,



7. Entre los mayas, la serpiente fué símbolo de fecundidad. El presente dibujo muestra algunas escenas relativas al fin de la estación de las lluvias. (Códice Troano-Cartesiano).



nuestra madre. Ella es la primera que parió hijos y, siendo serpiente, es considerada a su vez hija de la tierra. Coatlicué es la patrona de las mujeres parturientas pero también la diosa de la pobreza, de la desgracia y de la cobardía, siendo una mensajera de mal agüero. Y es que, efectivamente, la tierra es fuente de todo bien cuando es buena, pero si se vuelve estéril, es también madre de los males. Era representada por "una mujer vestida con una falda de serpiente que fué la madre de los otros dioses. Su cabeza estaba formada por la cabeza de dos serpientes reunidas, tenía una falda de serpientes de cascabel, los pies en forma de garras, las manos hechas también de cabezas de serpientes y colocadas a la altura de los ojos. Huitzlipochli, el genio de los relámpagos, de las nubes y de las montañas, era figurado como una serpiente de madera y Mixcoatl, la deidad que presidía la caza, no era otra que la "nube, serpiente". Y así continúa la larga lista tendiente a demostrar que el reptil "estaba en relación con la fuerza generatriz de la vida y en consecuencia con los fenómenos sexuales" (36).

36.—Celes E. Cárcano: *La serpiente emplumada*. Revista de Psicoanálisis. N° 1. Pág. 19. Buenos Aires 1943.

Pero al margen ya de todo principio religioso, al margen también de concepciones primitivas universales en torno a la serpiente como fuerza fecundadora, se consideró siempre al reptil como un animal de extraño erotismo, atribuyéndosele las uniones sexuales más extraordinarias. El mito de Júpiter convertido en cisne para poseer a Leda, nada es comparado con los relatos y las leyendas americanas que hablan de mujeres poseídas y fecundadas por serpientes. Cierto es que en el mito griego también se dice de un reptil en vez del cisne, pero en lo nuestro —y esto lo ha señalado con justo criterio un escritor costumbrista uruguayo (37)— el asunto sólo tiene trascendencia como una desgracia familiar; no reviste importancia fundamental en los destinos de un pueblo. Y es que nuestro hombre actual ha destruido el pedestal mitológico en que descansaban los ofidios para achiarrios, para constreñirlos hasta ponerlos al alcance de su propia mente. De divinidad y símbolo que era la serpiente, la ha ido "humanizando" para dar por tierra con su misterio y su pasado sobrenatural. La Historia Natural y su estudio dis-

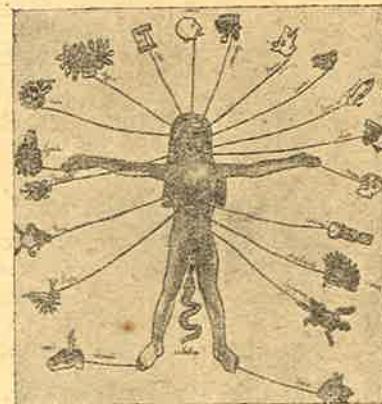
37.—El autor se refiere a F. Silva Valdez y a un trabajo suyo publicado en *La Prensa* de Buenos Aires titulado *La víbora y sus Leyendas*, 1938.



criminativo ha tenido culpa en ello y lo que ayer causaba espanto, es hoy simplemente la "víbora" de cuyas hazañas apenas si quedan los relatos truculentos que sólo sirven para matar las horas de nuestro aburrimiento. Esos relatos son los que nosotros hemos recogido de boca de los pobladores de una extensa región americana, hemos extractado las supersticiones y creencias que encerraban los mismos y les hemos agregado cuanto sobre el particular escribieron otros autores.

Dijimos de las serpientes que fecundan mujeres. Hay ya toda una literatura sobre el particular. Los frutos de estas uniones son monstruos a quienes, bajo la apariencia humana, se atribuyen todos los instintos de las sierpes. Estas creencias sobreviven hoy a través de una frase brutal, común en los labios de la gente inulta del bajo pueblo y que revela lo hondo de su raigambre. De una mujer en estado de gravidez se dice irónicamente: "la picó la víbora" y, más que un juego de representación imaginativa que vincula a la serpiente con el miembro viril, hay en todo esto una supervivencia que junto con toda una cadena de supersticiones más o menos análogas, sirven para dar fuerza a esa creencia primitiva.

Se sostiene en el Perú que ciertas víboras co-



8. *Muñeco de sangría azteca, tal como era usado por los médicos. Las regiones del cuerpo están subordinadas a signos del calendario. Nótese la relación entre el sexo y la serpiente.* (Del Codex Vaticanus A, del antiguo México posterior a Colón).



habitan con mujeres, sobre todo con niñas vírgenes de corta edad, valiéndose para ello de su cola y hasta de su cabeza. Pero se sostiene asimismo en los campos de nuestro continente que son estos reptiles los acusantes de las impurezas que mensualmente arroja la mujer. Las partes ya citadas del cuerpo de estos animales, son las que causan profundas heridas en los órganos femeninos y en virtud de ello a veces se los protege y las más, se los persigue. En algunas naciones, la vibora se salva de la imputación pero ésta recae en uno de sus parientes próximos. Así, es frecuente en ciertas regiones de Méjico organizar partidas que se dedican a exterminar a los reptiles porque suponen que el lagarto o cualquiera de sus congéneres, es la causa de la menstruación de las mujeres. Pero eso viene de antiguo. Los períodos menstruales causan a la compañera del hombre trastornos de orden psíquico que contrastan con las disposiciones psicoeróticas del varón. Es lógico, tratándose como se trata de una función fisiológica fundamental. Más que lógico, es humano. Pero esos trastornos, en un tiempo, fueron atribuidos al Demónio y luego a las serpientes que, por ser los animales más dañinos de la creación, algo tenían que ver con el Señor de las Tinieblas.

El mito bíblico atribuye a la serpiente el pecado

original; uno de procedencia australiana afirma que un lagarto separó al hombre de la mujer como si el reptil fuera el rayo de los griegos, y a uno y a otro mito se suman mil creencias que también encontramos en los campos de América. Los indios Sioux aseguran que los períodos femeninos son provocados por una pequeña serpiente comestible que muerde en las partes secretas de la mujer hasta lograr ver correr sangre. Se trata en este caso de una culebra inofensiva a la que no se molesta mayormente quizá porque, en medio de su ignorancia, ese indio advierte que la función menstrual llena una finalidad benéfica para el género humano. Sabe que una mujer que no ha menstruado es incapaz de tener un hijo. Conoce los trastornos que en ella causan los atrasos de esta índole y cuando, por una u otra circunstancia, éstas no se producen, sólo atinan a dejar a la mujer por espacio de varios días en campo raso para que así sean mordidas por las culebras.

Los chiriguanos, indios que todavía pueblan una extensa zona de Bolivia, no son de idéntica opinión respecto a esta función reguladora del organismo femenino. Para ellos, lejos de un beneficio, es una desgracia. Cuando una niña por primera vez experimenta el inconveniente, no trepidá en manifestarlo a una vieja hechicera en la se-

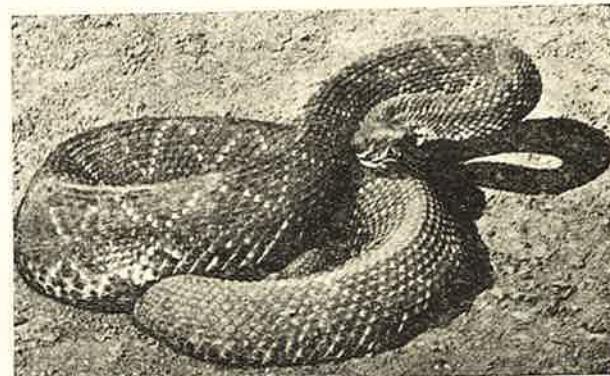


guridad de que ésta, con una numerosa compañía, armadas de garrotes, no vacilarán en internarse en los campos para dar golpes a diestra y siniestra en el afán de hacer pedazos a las serpientes causantes del mal.

En muchas zonas del Brasil se participa de idénticas creencias y, en la época de la pubertad de las mujeres, se les prohíba internarse en los bosques, temerosos de que las serpientes abusen de ellas. Tan arraigada es esta creencia que son innumerables los relatos que se cuentan sobre el particular y, en algunos de ellos, se llega hasta decir que hubo mujeres que han recibido satisfacciones eróticas que jamás después lograron con hombre alguno.

Estas creencias se expanden por todos los confines del orbe. Más que al Folklore, pertenecen a la Etnografía, y para señalar su extraordinaria dispersión, anotemos algunas manifestaciones análogas en pueblos bien distantes de nosotros, no sólo geográfica sino también culturalmente.

Cuando la proximidad de la pubertad de las jóvenes de algunas tribus del África del Sud, se celebra una ceremonia en la cual las niñas próximas ya a ser verdaderas mujeres, danzan hasta caer rendidas en torno a una gran serpiente de



9. He aquí la terrible "serpiente de cascabel" (*Crotalus terrificus*) pronta al ataque. (Fot. Jorge W. Abalos).



10. En nuestro país, como dijera el autor de "Pacífico", también hay "serpientes que parecen ramas y ramas que parecen serpientes." La presente fotografía muestra una "vibora verde" encaramada en un árbol. (Fot. Jorge W. Abalos).

madera o de barro cocido. Cuando la efusión catamenial se retrasa, esas jóvenes no vacilan en frotar sus genitales contra la cola del ídolo, produciéndose hemorragias que atribuyen a la menstruación que ha retornado.

Para algunas mujeres de Madagascar, la efusión catamenial es precioso y delicado manjar de serpientes y, para precaverse de posibles y dolorosas mordeduras, en tales épocas, acostumbran usar elementos protectores. Idéntica creencia sostienen las mujeres portuguesas que, durante algunos días del mes, cubren las partes inferiores de sus cuerpos con pantalones cuando no resguardan sus genitales con fuertes bragueros. En nuestro país, la superstición asegura todo lo contrario. Basta que una mujer con el período pase por sobre una serpiente, para que ésta muera en el acto.

Las zonas rurales de Alemania son ricas en extrañas creencias y supersticiones. Por allí se asegura que enterrando los cabellos de una mujer menstruante, nacen serpientes y, en distinta forma, esta superstición también está arraigada en los campos de América, donde se asegura, de paso,



que las trenzas de una mujer untadas con grasa de ampalagua para que se conserven fuertes y brillosos, se convierten en serpientes apenas cualquiera de ellas traspone los umbrales de una iglesia.

En el sur de Birmania, cuando una mujer se peina durante el período, debe quemar los cabellos que se le caen para evitar que éstos se transformen en serpientes venenosas. A enorme distancia de ese pueblo, en todo el noroeste argentino y en Chile, impera idéntica creencia. El cabello "toma resuello" y son numerosas víboras más las que se aprestan a causar daño. Esta coincidencia de opiniones entre pueblos tan distanciados geográfica y culturalmente —ha dicho alguien—, demuestra la existencia de un gran misterio fundamentado en los mitos religiosos de la creación del mundo" (38).

Al reunir algunas supersticiones relativas a la serpiente como parte final de este volumen, consignamos una muy extendida en todo el norte argentino: "Soñar con víboras trae desgracias", dice la gente; pero los psicoanalistas no se dan

38.—Martin de Lucenay: *La superstición y el sexo*. Madrid 1936. Pág. 108 y sigts.



por satisfechos con el presagio y uno de ellos afirma que "la serpiente aparece en los sueños" de las mujeres fríidas con un carácter contraria dictorio de helada hipocresía y de quemante agresividad eréctil que hacen de ella el símbolo "del miembro viril, órgano desconcertante, cuya aproximación temen" (39). Esto es lo que denominan un "sueño de angustia" y si nosotros lo consignamos, no lo hacemos porque coincidamos con ellos, sino a simple título de curiosidad informativa y para señalar también que, posiblemente, la forma del reptil ha sido la causa de muchas supersticiones en las que prevalece la creencia de la serpiente como símbolo y fuerza fecundadora. En este aspecto no es menos interesante dejar apuntado que los ofidios no son enemigos de las parturientas. Por el contrario, hasta le brindan su protección. Algo de esto hemos visto en los capítulos precedentes y a ello agreguemos que las serpientes no muerden a las mujeres próximas a dar a luz y hasta huyen de ellas para perseguirlas y acosarlas cuando ya son madres y amamantan a sus hijos. La leyenda de la "víbora mamona" ha ganado carta de ciudadanía en las supersticiones

39.—C. E. Cárcano: *Op. cit.* Pág. 17.



nes de casi todos los pueblos del mundo. Hay quienes no sólo afirman, a pie juntillas, la existencia del reptil, sino que hasta se consideran víctimas de sus inclinaciones. Nosotros hemos escuchado relatos sobre el particular e incidentalmente se nos hizo testigo de un caso donde lo concreto era una culebra que, cansada de arrastrarse por tierras cubiertas de abrojos, había preferido la comodidad de un suave colchón de plumas. Quizá eso sea todo. Muchas culebras buscan como refugio el interior de los ranchos, se habitúan a la tranquilidad de los techos de paja y barro, y sólo bajan de los mismos para procurarse alimento. Cuando se las encuentra, sobre todo si es noche, la fantasía y el miedo tejen lo demás.

Lo cierto es que la gente asegura que la "vibora mamona" gusta extraordinariamente de la leche de mujer y que para proporcionarse este alimento, aprovechando la obscuridad, se arrastra hasta las camas de las jóvenes recién madres o de las nodrizas e introduciendo su cola en la boca del niño para distraerlo, por su parte, succiona el seno de la mujer. Y esto llega a convertirse en hábito. Al final, el pequeño termina por enfermarse hasta morir cubierto de llagas y si la madre advierte la causa del mal, no es nada difícil que termine también sus días mordida por el reptil.

En diversas partes de Europa, donde la leyenda de la "vibora mamona" es tan difundida como en los pueblos de América, se supone que ésta no es otra que la culebra cuadrilineada, el mayor de los culéridos europeos a la vez que el menos agresivo de todos. No obstante es mirada con un terror rayano en superstición, corriendo en torno a la misma los más terroríficos relatos. No se trata ya de madres o de nodrizas cuyos senos succiona el reptil; se dice de ella que gusta devorar criaturas, pero lo cierto es que por la constitución particular de su boca, a igual que los otros ofidios, ni siquiera puede mamar.

Toda la leyenda en torno a su existencia y su supuesta costumbre quizás se fundamente, en gran parte, en el hecho de que busca la morada de los hombres para compartir algún rincón. Pero ésta no es condición privativa de la culebra cuadrilineada. Otras congéneres hay que hacen lo mismo y Schauten habla de una especie de serpiente de Malabar que los holandeses han bautizado con el nombre de "coge-ratones" porque, a igual que los gatos, se alimentan de estas repulsivas bestezuelas. Anidan en los techos de las casas y no es extraño verlas pasear tranquilamente sobre el rostro de una persona dormida, a la que no causan daño alguno.



En el noroeste argentino hay una culebra conocida con el nombre de "víbora Lutu" a la que se endilga la difundida creencia. Lo cierto es que gusta de los galpones donde abunda el cereal almacenado, porque no ignora que en ellos las ratas no tardarán en reproducirse. Algunos agricultores no desconocen los servicios que presta y, lejos de perseguirlas, le brindan algunas comodidades con la precaución de dejarle siempre una buena ración de leche para mantener así dormido su supuesto y peligroso instinto.

Pero lo de la "víbora mamona" no se reduce sólo a la mujer. Cosa idéntica se asegura con respecto a la vaca. Cuando algún granjero ve una culebra en las proximidades de un corral y nota que, por cualquier circunstancia, una vaca no tiene leche, no tarda en asociar los dos hechos para establecer de inmediato que el reptil es el causante del desaguisado.

En definitiva, todo no pasa de una creencia que en nada se fundamenta. Para poder succionar la lecha de las ubres del animal, la culebra debe herirla con sus dientes. Más que improbable es que el cuadrúpedo soporte el dolor, pero ello no obsta



para que la gente sostenga que el reptil sabe causar a la vaca un placer erótico de tales proporciones que, si por ventura se ha producido el caso, es la misma vaca la que vuelve todos los días, a idéntica hora, al lugar, deseosa de que la operación se repita.

A propósito de cuanto llevamos dicho, puntualicemos aquí que los norteamericanos, en el deseo de establecer cuanto había de cierto en la difundida superstición, se valieron de un curioso experimento. Algunos hombres de estudio tomaron una culebra crudiolineada y, sin más ni más, comenzaron a darle a beber leche. El resultado fué atroz. No sólo sirvió para destruir la creencia sino también para presentar a los curiosos que se habían reunido en torno a los experimentadores, un espectáculo asqueante. El estómago de la culebra no tenía capacidad como para retener una cantidad de leche que excediera a la que puede ingerir un ser humano. Comparativamente, su capacidad de absorción estaba muy por debajo de lo que todos presumían.

La cuestión es que el reptil comenzó a devolver el alimento hasta formar una charca en medio de



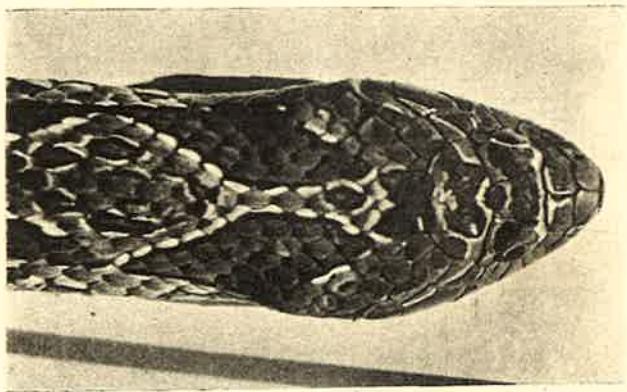
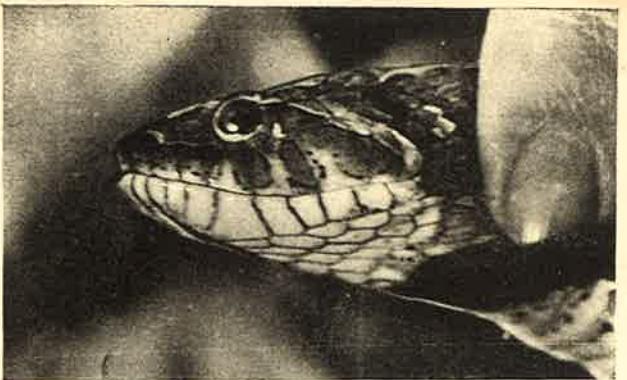
la cual debió debatirse. Pero, a pesar de todo y hasta sin desearlo, ganó una batalla, pues la leyenda, pese a los resultados de la ciencia experimental, no pudo ser destruída.

Si el hecho de gustar de los ranchos como lugar de residencia puede ser el origen de la leyenda en torno a la "víbora mamona", hay otra circunstancia, poco conocida, que da pie a todas las especies sobre el particular. En los instantes que preceden a la muerte del reptil, éste casi siempre defeca. Debido a su régimen de alimentación, los excrementos del animal son de un color blancuzco y es que contienen gran cantidad de calcio como consecuencia de los restos óseos de los pequeños animales que engullen y luego trituran en su estómago. El campesino supone que estos excrementos contienen restos de leche bebida poco tiempo antes de la muerte del ofidio y eso da pábulo a que la leyenda siga viviendo con todo su poderío inicial.

Pero a las serpientes, en el campo del sexo, se les atribuyen muchas cosas más. Que cohabitan con las gallinas es cosa sabida. El basilisco, ese ser infernal que mata con la mirada, no es más



11. Torteros hallados en Santiago del Estero, pertenecientes al material de la llamada cultura Chaco-Santiagueña, que muestran diversas estilizaciones de serpientes. Dentro de esa cultura, los hermanos Wagner señalan el predominio de una deidad ornito-ofídico-antropomorfa. (Fot. Jorge W. Abalos).



12-13. Dos interesantes aspectos de la cabeza de una víbora de agua "Ophis merremii", a la que los hombres de Santiago del Estero designan con el nombre de "Jacu machajuay", (Fot. Jorge W. Abalos).



que el producto de esas uniones. A decir de los mitólogos, tiene cabeza de lagarto, cresta de gallo, un solo ojo en la frente y el resto de su cuerpo tiene forma de culebra. Las supersticiones en torno a este fabuloso animal vienen desde largos siglos atrás y si las mismas han nacido en Europa, no por ello han dejado de propagarse por todas las regiones de América, donde, por curiosa coincidencia, en realidad, vive un lagarto de ese nombre, ser inofensivo y simpático a quien los indios llaman "zumbichi", pasa-ríos, por una característica que le es peculiar. Son animales que gustan tomar el sol a orillas de los ríos y sobre los troncos de árboles muertos. Cuando oyen algún ruido, levantan la cabeza, dilatan la garganta y mueven la cresta membranosa. Reconocen el peligro y con la rapidez de un rayo se precipitan al agua. Nadan levantando la cabeza y el pecho, golpeando las olas con sus patas anteriores a manera de remo y arrastrando sus largas colas como un timón. De ahí también el que se los denomine "timonero". Si al basilisco de las fábulas antiguas basta para matarlo la sola presencia de un espejo, a éste, en verdad, resulta difícil darle caza. Pero



si lo de la gallina es común, no acontece lo mismo con el pato. Sólo en el norte de nuestro país hemos escuchado algo sobre el particular. Mucha gente supone que la víbora cohabita con el ave y asegura que para sus uniones prefieren las aguadas y las lagunas. Esta es la razón por la cual los huevos de pato no gozan de la preferencia de nuestros hombres de campo. Dudan de la legitimidad de su origen.

En general, a la serpiente se le atribuyen relaciones sexuales con todos los seres que en la escala zoológica ocupan un lugar superior al de los de su especie. Se argumenta en favor de todo esto las representaciones monstruosas primitivas que nos presentan seres mitad serpiente y mitad otro animal cualquiera. Pero esto, lejos de ser el fruto de apareamientos insoñados, tiene su explicación etnográfica. Muestran algunas concepciones de la mentalidad primitiva. Para numerosos pueblos elementales —cazadores totemistas— el totem es un animal determinado en el que reside el espíritu cuya protección cree poseer la familia o la tribu. Hay que ser leal para con el totem y si éste es un perro, por ejemplo, es delito de muer-



te el matarlo ya que la especie humana o, cuando menos, la tribu desciende de él. El totem puede ser propiedad individual o colectiva. Cada indio piel roja tiene su totem personal, cuya marca y símbolos lleva en el cuerpo, en sus armas, en su canoa, etc. Cuando el totem es colectivo, se da el caso de dos tribus que se fusionan, combinan ambos totem y como resultado inmediato tenemos verdaderos monstruos. Si volvemos al terror que inspiró siempre la serpiente, a las leyendas sobre su origen espontáneo, comprenderemos por qué fué el totem de muchos pueblos de América y no nos resultará nada difícil llegar al misterio que encierra, pongamos por caso, el "loro-serpiente" o la "serpiente emplumada".

Sería caer en círculo vicioso continuar reseñando las innumerables supersticiones relativas a la serpiente y el sexo. En el fondo, todas se parecen. Son todas ellas las que han dado al animal extraordinario relieve dentro del campo de lo erótico y, si se cuentan supersticiones y leyendas, también se recurre al reptil como fuente de afrodisiacos. Si se encuentra un par de víboras "alzadas", esto



es en celo, debe cubrírselas de inmediato con un poncho que no se volverá a usar. Despues, en el lugar se encontrará una piedrecita blanca — el semen solificado del animal — y con ello basta para "ganar" a cualquier mujer. He aquí hasta dónde ha llegado el hombre americano en el terreno de la superstición y de la creencia.

IV

CREENCIAS Y SUPERSTICIONES RELACIONADAS CON LA SERPIENTE

- 1.—"Las viboras por el olor se conocen".
Nota: La razón de esta creencia ha sido explicada en el capítulo segundo.
- 2.—Las serpientes inmovilizan a sus presas con la mirada y las atraen con su aliento.
- 3.—El campesino no mata a la víbora overa porque supone que ésta cuida la casa.
- 4.—El zorro es el "rey de las viboras". Las domina con la misma facilidad con que una culebra domina a un pájaro.
- 5.—El "Familiar" es una enorme sierpe que ronda por los ingenios azucareros. Vive en los sótanos de los



- mismos y cada año hay que entregarle un peón para sustento. Sólo así cuida la fortuna de los dueños de la fábrica.
- 6.—En los lugares donde hay víboras venenosas caen rayos.
 - 7.—El rayo al tocar tierra se convierte en serpiente.
 - 8.—Soñar con víboras es desgracia.
 - 9.—Los dueños de un "entierro" o "tapao" mandan de ultratumba culebras para espantar a los descubridores de tesoros.
 - 10.—El que mata una serpiente en dia viernes, gana muchas indulgencias.
 - 11.—La víbora hace enojar a sus viboreznos para que se devoren entre ellos.
 - 12.—"Dicen que las víboras después de hacer enojar a sus hijos, dejan con vida al más bravo y matan a los otros" (Orestes Di Lulo: El Folklore de Santiago del Estero).
 - 13.—Las serpientes hipnotizan con la mirada.
 - 14.—Las serpientes anidan en el útero de la mujer. No es difícil sacarla pero cuesta trabajo extraer las "chalas".
Nota: Se trata, como ya hemos dicho, de una posible explicación del origen de los fibromas.
 - 15.—Cuando aparece en una casa una víbora verde es suerte. No hay que matarla pues acarrea desgracia.

- 16.—La víbora de cascabel comparte la cueva de lechuzas y vizcachas.
- 17.—Para huir con mayor premura algunas serpientes americanas hacen de su cuerpo un círculo y ruedan por los campos como si fueran los neumáticos de una bicicleta (Estados Unidos).
- 18.—Es creencia difundida el "suicidio" de serpientes. Así, se acostumbra hacerles un círculo de ajos y dentro del mismo se prende fuego en la seguridad de que la víbora, antes de transponer el círculo, preferirá arrojarse a las llamas.
- 19.—Cuando una boa constrictor sale de su cueva y se queda quieta dando la sensación de estar dormida, es señal de lluvia.
- 20.—La "ampalagua" es la madre de las vertientes. Si se la mata, se seca la fuente.
- 21.—Hay víboras de dos y siete cabezas.
Nota: "Es sabido que algunas especies de serpientes, para realizar la obra de la reproducción se reúnen en increíble número de individuos, y esto durante siete u ocho días y por espacio de algunas horas, que son aquellas en que el calor del sol es más fuerte. Forman un pelota confusa en la que sólo se descubren las cabezas por hallarse enlazadas por las colas". Esto ha dado lugar a mil cuentos absurdos y ridículos y posiblemente a la creencia de que damos cuenta.
- 22.—La cabeza de la víbora atrae las balas. Por eso es fácil matarlas con armas de fuego.



- 23.—Todavía quedan víboras que vuelan.
- 24.—Las víboras gustan consumar sus uniones sexuales en el agua.
- 25.—Algunas víboras se alimentan de aire; otras de rocío. Finalmente las hay que sólo comen tierra.
- 26.—No se puede matar una "víbora de siete cabezas" pues a medida que se las va cortando crecen de nuevo.
- 27.—El cuero de venado cura las mordeduras de serpiente.
- 28.—El olor del venado ahuyenta a las víboras.
- 29.—Para lograr que una víbora venenosa se vuelva inofensiva y no muerda, basta con "sobarle la nuca".
- 30.—La "ampalagua" se traga a los niños menores de siete años.
- 31.—"Los pequeñuelos de las víboras desgarran el vientre de la madre para practicarse una salida" (Félix de Azara).
- 32.—Las serpientes custodian las Salamancas.
- 33.—El que echa al fuego una culebra y le ve las patas, muere irremediablemente (Chile).
- 34.—Algunas víboras muerden con la lengua.
- 35.—No produce tanto daño el veneno de las serpientes como la suciedad de sus colmillos.
- 36.—Cuando se revuelca la víbora en el camino, lo que se conoce por el rastro, es señal de lluvia (O. Di Lulo. Op. cit.).

- 37.—La salida de gran número de víboras en verano, es señal de lluvia próxima.
- 38.—Las víboras son vivíparas y las culebras ovíparas.
- 39.—Cuando una víbora de la cruz entra en una casa, se descuenta que antes de dos días otra también lo hará.
- 40.—La víbora de dos cabezas (ibijara) es "la madre de las hormigas". Se asegura que estos anfisbenas son cuidados y alimentados por las hormigas y se agrega que cuando los mismos abandonan un nido de hormigas, también emigran éstas dispersándose en todas direcciones.
- 41.—La víbora del cascabel aumenta un cono del cascabel de su cola cada vez que cambia de piel. (Esto es exacto).
- 42.—El caldo de víbora cura la tiña.
- 43.—La víbora de coral, la cascabel y otras especies venenosas, aguzan sus colmillos en los troncos de los árboles jóvenes (Brasil).
- 44.—Algunas serpientes "revientan" en pedazos ante la presencia de un enemigo y en la imposibilidad de huir.
Nota: Trátase de "La serpiente de vidrio" cuyo cuerpo parece estar cubierto de una materia calcárea que le impide moverse con agilidad.
- 45.—"A quien pisa el rastro de una víbora, se le pela la pata".



- 46.—“La culebra es la tentación, es decir, el Demonio, que toma esa forma para fascinar a los que quiere perder”. (Julio Vicuña Cifuentes: *Mitos y supersticiones*).
- 47.—La peligrosidad del veneno de una vibora está en razón inversa a su tamaño.
- 48.—La vibora de cascabel introduce su cola en la tierra cuando se apresta a morder a su enemigo.
- 49.—La “vitria” es una culebra muy venenosa que tiene dos plumas en la cabeza. La persona a quien este reptil azota con la cola, muere en el acto (Chile).
- 50.—Las viboras marchaban erguidas pero la Virgen las maldijo. Desde entonces se arrastran.

Í N D I C E

Prólogo de F. M. T.	9
I. — La serpiente en la terapéutica aborigen y popular americana	13
II. — Creencias y supersticiones médicas en torno a la serpiente	57
III. — La serpiente y el sexo a través de las creencias y supersticiones de América	77
IV. — Creencias y supersticiones relacionadas con la serpiente	101



